1713

GALERÍA DE D. JUAN MOLAS Y CASAS

El Capitán de la Marta

MELODRAMA en un prólogo y cuatro actos,

dividido en nueve cuadros

original de

Luis Suñer Casademunt

BARCELONA

Imprenta de M. Tasis.—Tallers, 6, 8 y 10

1901

El Capitán de la Marta

MELODRAMA en un prólogo y cuatro actos,

dividido en nueve cuadros

original de

Luis Suñer Casademunt

ESTRENADA EN EL TEATRO PRINCIPAL DE GRACIA,
EL DÍA 14 DE MARZO DE 1897

Y EN EL TEATRO CIRCO BARCELONÉS (BARCELONA
EL DÍA 2 DE FEBRERO DE 1901

BARCELONA

Imprenta de M. Tasis.—Tallers, 6, 8 y 10

1901

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva los derechos de traducción, impresión y demás que la ley le concede.

La Galería de D. Juan Molas y Casas, (Hospital, 12 y 14, Barcelona), es la autorizada para el cobro de propiedad literaria.

ADVERTENCIAS—Del prólogo al primer acto, transcurren veinte años El prólogo en la Habana, y los cuatro restantes en España del año 1840 al 1845.

A mi querido amigo el actor

Don Luis Mant

¿Es que ofendo su modestia?

Trinquete tiene la palabra.

Su afmo.

El Autor.

677049

REPARTO

DEL TEATRO PRINCIPAL DE GRACIA

Rosario	Sra. Adelina Sala.
María	» Elvira Morera.
Andrea	» Concepción Galcerán.
Jaime	Sr. Jaime Virgili.
Claudio	» Enrique Guitart.
Trinquete	» Luis Munt.
Manirroto	» Jaime Martí.
Jorge	» Antonio Carnicero.
Luis	» Enrique Casals.
Requejo	» Emilio Guilemany.
Inglés *Roque*	» Modesto Ribas.
Un negro	» Hermenegildo Martí.
Marinero 1.º *Mozo 2.º*	» Ricardo Gotarde.
Marinero 2.º *Mozo 1.º*	» Guillermo Roura.

REPARTO

DEL TEATRO CIRCO BARCELONÉS

Rosario	Srta. Maria Cazorla.
María	Sra. Carmen Zamora.
Andrea	» Teresa Segués.
Jaime	Sr. Emilio Graells.
Claudio	» Juan Lleal.
Trinquete	» Luis Munt.
Manirroto	» Agustin Munné.
Jorge	» Francisco Marcet.
Luis	» Enrique Casals.
Requejo	» Francisco Llano.
Inglés *Roque*	» Andrès Cazorla.
Un negro *Marinero 1.º*	» Juan Cazorla.
Marinero 2.º *Mozo 1.º*	» Daniel Castells.
Mozo 2.º	» Juan Durany.

Negros, marineros y gente del pueblo.

a la inspirada y gran actriz
primera actriz Dª Dorita Castillo
su admirador y amigo
E. Arteta

PRÓLOGO

Cuadro primero

La escena representa una casa de bebidas en la plaza de Armas de la Habana. Puerta al foro y laterales. Mesas sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

TRINQUETE, MANIRROTO, JOPSON, Marineres 1.º y 2.º

Bebiendo y jugando en una mesa en primer término derecha. En las otras, marinos y negros bebiendo

MANI. ¡Vamos á ver si biene ese Jamaica! ¡Dónde está este negro de los mil demonios!

TRIN. ¡Allá voy, allá voy! ¿Qué pidió su mercé? (Acercándose á la mesa de Manirroto)

MANI. Acércate, hombre.

MAR. 1.º El inglés se duerme.

JOP. Mi verlo y oirlo todo, pero no querer más rhon ni caño.

MANI. Digo que te acerques. (Al negro)

NEGRO. ¿Pol qué, zeño? (Acercándose con recelo)

MAR. 1.º Vamos, gandul. (Dándole un puntapié)

NEGRO. ¡Uy! ¡uy!

MANI. ¡He pedido rhon! (Tirándole de la oreja)

NEGRO. ¡Ya sé, ya sé, suelte su mercé!

MANI. Para que te acuerdes. ¿Es así como se sirve á la gente que paga bien?

JOP. Siempre la tienes con ese negro.

MANI. Ya sabes que no puedo ver á ninguno.

MAR. 1.º ¡Eh! ¡eh! (Al inglès que cae de cabeza á la mesa)

MANI. Déjale.
JOP. A mi faltarme dinerro.
MAR. 2.° Ha quedado sin un cuarto.
TRIN. Yo no juego más.
MANI. ¿Por qué?
TRIN. Porque es abusar. (Levantándose)
NEGRO. El rhón. (Con la botella)
JOP. Mí no querer; mí faltarme dinero.
MANI. Pues si te falta á mí no me sobra.
MAR. 1.° Déjale.
MAR. 2.° Estos ingleses se emborrachan con el olor.
JOP. ¿Quien decir que estoy borracha?
TRIN. Vamos, haya paz, Manirroto.
MANI. Es que esta gente son unos perdonavidas y me tiene harto esta canalla.
TRIN. ¿Tendremos jarana como siempre? (Aparte)
MAR. 1.° Bebamos. Y tú, inglés, un clavo saca otro clavo.
JOP. Mí no querer más que el dinero.
MANI. ¿Habrá canalla como este?
JOP. ¿Quién desirme canalla?
MANI. Quien puede y lo sostiene.
JOP. A mí no insultarme nadie.
MANI. Y á mí cargarme los curdas.

(Jopson le tira la botella. Manirroto se levanta sacando la faca: les detienen y los negros de las mesas huyen asustados, levantándose los demás.)

JOP. ¡Toma esto! (Tirando la botella)
MAR. 1.° ¡Eh! Cuidado...
MANI. Dejadle, dejadle.
TRIN. Vamos, Manirroto.
NEGRO. ¡Que se matan, que se matan!
JOP. ¡Mi dinerro!
MAR. 1.° Echale un galgo.
MANI. Soltadme.
MAR. 2.° ¡Fuera este canalla!
MANI. ¡¡A dormir la mona!! (Sacan al inglés)

ESCENA II

Dichos y JAIME

JAI. ¿Qué es esto? Lo de siempre.
MANI. ¿A qué preguntarlo pues?
TRIN. ¡Fuera todo el mundo!
JAI. ¡Así cumples lo que tanto te encargo! Pare-

ce que no procuras otra cosa, mientras estamos en tierra, que gracias al diablo es poco, que comprometerme y hacer que se fijen en tí, cuando á nosotros nos conviene todo lo contrario. Pero esto es pedir peras al olmo. No parece sino que te encuentras mal con tu pellejo y procuras que tomen tu filiación.

MANI. No estamos á bordo, y puedo en tierra hacer de mi capa un sayo.

(Jaime reprime un movimiento y se sienta)

JAI. Que traigan algo y acercaos.

TRIN. ¡Rhón!

JAI. Necesito comunicaros una novedad. El negocio se va poniendo más feo cada día, y si uno escapa de las olas, puede no escapar mañana de verse colgado de una antena.

TRIN. Eso mismo quería deciros, Capitán. Me aburre el ir siempre á salto de mata, y no tener un momento de tranquilidad.

MANI. Yo, francamente, no opino igual; al abrazar esta vida aventurera, jugué el todo por el todo, y me prometí ser rico, si antes no tenian á bien lo que tanto miedo os infunde; porque entonces, per sécula seculorum habría acabado todo. Esta es mi resolución y quiero proseguir mi camino hasta llegar á uno de los dos puntos indicados. Además, á mí no me molesta el género de vida que llevamos. Lo tomo con resignación, y si como dicen, la resignación es una virtud, quién sabe si al mismo tiempo que burlando las tormentas, trasportamos lindamente el ébano, estaré ganando el cielo sin sospecharlo siquiera. De menos nos hizo Dios. Esta es mi opinión, que estoy muy lejos de imponeros. Cada cual, obre según le convenga ó sea su gusto. ¿Estais ya cansados? perfectamente; yo no.

JAI. Siendo así, vamos á hacer el último viaje juntos.

TRIN. ¿Pero, hacemos otro todavía?

MANI. ¿Es que no se te cuece el pan hasta habernos separado?

TRIN. No es eso precisamente; lo que deseo, es dejar esta vida; he cobrado odio á este tráfico humano.

MANI. Vaya, vaya; remilgos tenemos ¡y por esa canalla! Si son peores que bestias. Como á tales les damos caza y no merecen otro trato.

MANI. Me he convencido de lo contrario; tienen su corazón, sienten pasiones, afectos...

MANI. ¡Ba, ba!

JAI. Tranquilízate. El viaje que emprendemos, en nada va á molestarte. Es el viaje indispensable para volver á nuestro suelo.

MANI. ¡Que disparate!

TRIN. Si, si.

JAI. Si tanta afición le tienes á esta vida, prosíguela.

TRIN. De mil amores.

JAI. No sé si habrá carga suficiente, pero sea la que quiera, dentro pocos momentos quedará fijado el día de la marcha. Me olvidé deciros, que viene con nosotros un caballero, de pasaje. Es preciso aprovechar el poco tiempo que nos queda, á fin de cambiar algo la fisonomía interior de la corbeta que á cien leguas trasciende á lo que hasta ahora ha sido.

MANI. Y seguirá siendo.

JAI. Esto cuando te encargues tu de ella.

MANI. Y con menudas argollas que voy á adornarla. ¡Fuego de Dios!

ESCENA III

Dichos y CLAUDIO

JAI. ¡Silencio! (Al verle)

CLAU. ¡Rhon! (Llamando al negro)

NEGRO. ¡Voy zeñó! (Trayéndolo)

CLAU. Decididamente ha sido buena la elección del buque. Nadie va á sospechar que conmigo traigo una fortuna, es decir, dos, porque mi pobre Luis, es para mi el mejor tesoro.

MANI. ¿Pero á quien se le ocurre? ¿Con lastre si es preciso? Buenos negocios haréis.

JAI. Irá de mi cuenta el viaje y se acabó,

CLAU. Esta tierra donde tan feliz he sido; estas

vegetaciones esmaltadas de vivos calores y la exhuberancia de sus bosques, me parecen un sudario, desde que cerró los ojos aquella hermosa mujer. A España, pues á vivir con mi hijo, á ver reflejado en sus azules ojos, el azul de los cielos que vieron correr mi infancia. Hora es ya de descansar viviendo de un recuerdo y de una realidad; el pensamiento en ella fijo y mis brazos estrechando al hijo de sus entrañas...

JAI. Negocio concluído. Mi resolución es inquebrantable.

TRIN. (Algo ocultas, de seguro.) (Aparte)

CLAU. Oye, negrito.

NEGRO. ¡Zeñó!

CLAU. Toma, para tí.

NEGRO. ¿Qùe quié su mercé?

CLAU. ¿Conoces tu al Capitán de la corbeta Marta?

NEGRO. ¡Ya lo creo, zeñó! Como que eztá á la vera.

CLAU. Mándale recado si puedes.

NEGRO. Que está á la vera he dicho.

CLAU. Bueno, mejor; así emplearás menos tiempo.

NEGRO. ¡Que está aquí!

CLAU. ¿Donde?

NEGRO. ¡Que grasia! Aquí mismo.

CLAU. ¡Pues acaba!

NEGRO. Mírele su mercé.

CLAU. Perfectamente. Avísale.

NEGRO. ¡Voy volando! (Se dirige hácia donde está Jaime)

MANI. ¿Que buscas?

NEGRO. Ná, zeñó; yo no búco ná.

MANI. ¡Ira de Dios! ¿Te acercas á escuchar? Es que olvidas siempre como las gasto?

NEGRO. Aquel zeñó, quiere hablar á su mercé, el Capitán.

MANI. Pues acaba pronto. (Dándole un puntapié)

NEGRO. ¡Uy!, ¡uy! (Aparte) (¡Siempre la mima propina!)

JAI. Largo, y esperadme aquí en la plaza.

MANI. Está bien. (Vanse con Trinquete)

ESCENA IV

JAIME y CLAUDIO

JAI. (Aparte) (Nuestro hombre.) (Alto) ¿Sois vos?

CLAU. Yo mismo, capitán, que no veo el momento de dejar esta tierra.

JAI. ¿Tan ingrata os ha sido?

CLAU. Muy al contrario.
En ella quedarán para siempre los recuerdos más felices de mi vida. Aquí se abrió al amor mi corazón. Aquí nació mi hijo, y aqui labré mi fortuna que es el fruto de veinte años de honrado trabajo. Cumplida puede decirse toda la misión en este mundo, nos disponíamos á partir para España, donde ví mi primera luz, cuando hace pocos meses, murió mi esposa, no pudiendo resistir la pérdida de nuestro segundo hijo, que sólo contaba algunos días. Pensé que la pena iba á matarme también, y así habría sucedido, si un tierno ángel de pocos años, no me hubiese hecho volver la vista hacia este valle de lágrimas. ¿Vos no sois padre capitán?

JAI. No tengo familia y cuasi me alegro. El marino, sufre mucho si al temor de perder la vida, se agrega el de perderla para los seres queridos de su corazón.

CLAU. Decís bien: procuraré como os he dicho serenarme, y ya que mi esposa se ha reunido en el Paraiso con nuestro tierno hijo, aquí me quedo yo, para vivir al lado de mi Luis; para que podamos los dos rogar en este mundo, por aquellos pedazos de mi corazón. Desaparecido ya cuanto aqui me detenía, sólo espero después de veinte años, volver á mi pais natal, donde transcurrió mi infancia. Necesito respirar el ambiente de la hermosa costa catalana.

JAI. ¿Allí nacisteís? ¿Sois catalán?

CLAU. En efecto.

JAI. (Bueno es saberlo) (Aparte)

CLAU. ¿Y para cuando fijais la marcha?

JAI. Para el sábado si os place que tendré el cargamento completo. No quiero por mi parte retardar vuestro deseo.

CLAU. Esto más tendré que agradeceros.

JAI. Hasta el sábado, pués.

CLAU. Esperad un momento. Tengo que comunicaros un secreto á vos sólo.

JAI. Decid.

CLAU. Me pareceís un hombre honrado, y bajo vuestra salvaguarda me entrego.

JAI. Favor que me haceís al cual procuraré corresponder.

CLAU. He realizado toda mi fortuna que llevaré conmigo.

JAI. (La cosa marcha). (Aparte)

CLAU. Como os he dicho, representa el trabajo honrado de veinte años.

JAI. No todos pueden decirlo así. Me refiero á lo honrado.

CLAU. Tal vez sería mi capital cuatro veces mayor, á no tener escrúpulos mi honrada conciencia.

JAI. Lo creo. ¿Y que pretendeís de mí?

CLAU. Fiarlo á vuestra nobleza. No se me esconden los peligros de una travesía y considerad que es todo el porvenir de mi hijo.

JAI. No es posible dejaros de complacer en cuanto pidaís, ya que teneís la seguridad de mi noble proceder.

CLAU. Completamente. Así, pués, nada más tengo que deciros ni solicitar de vuestra amabilidad. Buena suerte y hasta el sábado.

JAI. Id con Dios.

ESCENA V

JAIME luego MANIRROTO y TRINQUETE

JAI. Esto es más de lo que pedía. El mismo lo pone en mis manos. Las ocasiones hay que aprovecharlas, y yo, estoy ya cansado de esta vida. El último crimen; si criminal es, el comercio de carne humana. Cuando menos, este tiene la ventaja que me asegura su éxito, ser el último. Tiempo me quedará para repararlo. Me repugna, es cierto; pero suya es la culpa por haberse puesto en mi camino. Echada está ya la suerte. ¿Porqué vacilo pués? ¡lejos de mí, ridículos escrúpulos, que este golpe asegura de una vez mi porvenir! ¡Corbeta mía! muchos horrores has presenciado; no te inquiete, será este el último.

(Va al foro y hace señas á Trinquete y Manirroto, los cuales salen.)

MANI. ¿Qué se ofrece?

TRIN. ¿Cuando zarpamos?

JAI. Dentro dos días.

MANI. ¡Fuego de Dios! Vais á todo trapo.

TRIN. Las tormentas se desprecian cerca del puerto, cuanto antes se arrive mejor.

MANI. Pués yo aguantaré al payro algún tiempo más. ¿Qué quereis? Tengo ya la costumbre de zurrar el ébano y en verdad os digo, que el brazo me está pidiendo siempre alzar el látigo. ¿Y vos capitán? ¡Cuidado que apretais de lo lindo si conviene, y os haceis ahora la señorita melindrosa!

JAI. Nadie te pregunta tanto. ¡Maldita lengua que ha de ser tu perdición!

MANI. Al aviso. Cada cual habla según le conviene. No haya cuestión. (Aparte) (¿Quién sería este que se marchó?)

JAI. No tengo necesidad de repetiros lo manifestado. La Corbeta, deja de ser buque negrero. Que no quede en ella rastro alguno de sus pasadas aventuras, y cuidado con ésta (la lengua.) Ni una alusión siquiera; y si en nuestra compañía hay quien ni por asomo pueda cometer una imprudencia, es preciso largarle. El pasajero que se embarca con nosotros, es ese caballero que ha partido. Me conviene inspirarle confianza. ¿Lo teneis entendido?

TRIN. (Aparte.) (Este oculta algo. En fin; allá veremos.)

JAI. Cuida de tu avinagrado semblante, que á tres leguas trasciende á lo que se dedica.

MANI. Para complaceros. haré el sacrificio de poner mi cabeza á la disposición de una rapabarbas, cosa nueva completamente para mí.

JAI. ¡Basta de bromas! (Llamando con las manos.)

NEGRO. ¡Volando! (Saliendo.)

MANI. Que te llaman, rubito.

JAI. Cobra y quédate con el resto.

NEGRO. Mucha grasia, mucha grasia.

MANI. ¡Mucha grasia! (Remedándole) ¡Maldito de cocer! (Dándole un puntapié.)

JAI. Vamos.

NEGRO. Su propina. ¡Esta, no falta!

Cuadro segundo

La escena representa la cubierta de la corbeta "Marta." Es casi de noche, hasta que cierra, según se indica. Óyese algún trueno lejano. En primer término, hállanse sentados en tierra algunos marineros, entre ellos MANIRROTO.

ESCENA VI

MAR. 1.° ¡Esta noche tendremos jaleo!

MANI. Estamos cerca las Bermudas y seria cosa estraña lo contrario. Me aburre el buen tiempo, y me fastidia, mayormente no teniendo á quien zurrarle la espalda.

MAR. 2.° Pero ¿qué mal bicho ha picado á nuestro capitán para que sin más ni más abandone el negocio?

MAR. 1.° ¡Yo que sé!

MANI. Mejor, me alegro. Por de pronto puedo aseguraros que no será cosa buena. Pero yo, continuo; vaya si continuo: las cosas hacerlas bien, ó no hacerlas: este es mi sistema. Ya lo sabeis: abro banderín de enganche, y al diablo la cobardía.

MAR. 1.° Cuenta conmigo.

MAR. 2.° Y conmigo.

MAR. 1.° ¡Y buena es la carga qne llevamos, pero buena! Casi todo lastre.

MAR. 2.° Hasta aquellas pipas son mentira. ¿Sabeis lo que hay en ellas? Serrín.

MANI. Bueno, ya veremos si no cegamos antes. La corbeta negrera, convertida en un yath de recreo. á juzgar las cosas como son!...

MAR 1.° ¿Y será muy rico el viajero?

ESCENA VII

Dichos y TRINQUETE

TRIN. Lo que á vosotros no os importa. Parecéis mujeres.

MANI. Ola, Trinquete, te apareces como los muertos. Lo que digo, ni eso es navegar, ni eso

es... ¡fuego de Dios! á continuar tales travesías, ibamos todos á convertirnos en damíselas. La gente así se aburre, no ha nacido para eso. Déjalo para los marinos de alfeñique. Si hasta la corbeta dá los baudazos avergonzada, cuando recuerda lo que ha sido y á lo que se la destina en este viaje. (Óyese un trueno mas cercano) Ola, ola, la cosa va poniéndose séria.

TRIN. Me toca el cuarto. Voy á coger la caña. La cerrazón del horizonte nos promete una noche...

MANI. De perlas.

MAR. 1.° De perros dirás mejor.

TRIN. Voy á mi puesto. (Vase foro)

ESCENA VIII

Dichos y JAIME; luego CLAUDIO

JAI. Manirroto, rizar las velas.

MANI. Voy. (Dá las órdenes á la tripulación que maniobra)

JAI. Amarrar vergas. Estamos cerca los Bermudas; la noche se presenta oscura y es preciso mucho ojo. (La tespestad va creciendo poco á poco)

CLAU. ¡Capitán! (Saliendo)

JAI. ¡Que! ¡Ah! ¡Sois vos! (No pudiendo reprimirse)

CLAU. Parece que tenemos tormenta.

JAI. Dentro media hora, las olas jugarán con la corbeta como si fuera una paja. (Trueno)

CLAU. Los dos elementos se conjuran en contra nuestra.

JAI. Esta es ya cosa sabida.

VOZ. ¡Otro rizo! (Dentro)

JAI. El viento arrecia y no sería estraño nos obligára á plegar velas.

CLAU. ¿Creéis que corremos peligro?

JAI. Alejad todo temor. La corbeta «Marta», tiene un casco que ni de acero, y está mas que familiarizada á tales bregas. ¿No deseais llegar pronto? Pues felicitaos del mal tiempo, porqué nos empuja hácia el término de nuestro viaje. Perdonad un momento, que comunique mis órdenes al timonel; agarráos bien, porque al virar aumentará el cabeceo. ¿Y vuestro hijo?

CLAU. Dormido en el camarote. ¡Pobrecito! no le inquietan el sueño, ni el temor del abismo que á sus piés puede abrirse, ni el fuego con que el cielo amenaza abrasarnos.

JAI. Hasta luego, pues. No olvidéis las precauciones.

CLAU. Descuidad.

JAI. (Aparte) No me siento capaz de la villanía que he imaginado. Me desconcierta su tranquila paciencia. No hay mas. Esta es la ocasión: valor. ¡Valor, para una cobardía! (Rayo y trueno: voces de órdenes y silbatos) La tripulación está distraída: las olas crecen...

CLAU. ¡A la omnipotencia de Dios!

JAI. Si yo pudiera atraerle... (Aparte)

CLAU. Solo su misericordia puede detener el rayo y aplacar las olas... Me ha parecido que el capitán estaba algo turbado... ¡Ca! serán aprensiones mías.

(Durante esta escena, Jaime protegido por la oscuridad, va siguiendo todos los movimientos de Claudio)

Voy al lado de mi Luis; su tranquilo sueño infunde valor en mi ánimo.

(Hace movimiento de marcharse: un bandazo le obliga á apoyarse cerca donde Jaime se halla escondido: este le arrastra á la banda.)

¡¡Dios mío!!

JAI. Venid.

CLAU. ¿Quién sois? No os había conocido, capitán.

JAI. Es preciso; encomendaos á Dios.

CLAU. ¿Estamos en peligro?

JAI. De muerte para vos.

CLAU. ¿Que haceis? (Al ver que le levanta) ¡¡Socorro!!

JAI. ¡Dios te atienda! ¡¡Orsa!!

(Le tira al mar: detrás de él caen algunas pipas. Un rayo cae cerca del timón iluminando el crimen. Trinquete en el preciso momento arroja un grito y cae en medio la escena)

JAI. ¡Hombre al agua! Pronto, Manirroto, al timón. Trinquete está herido por el rayo.

MANI. ¡Fuego de Dios! ¿quién cayó?

JAI. El pasajero.

MANI. No es posible salvarle. ¿Y el muñeco?

JAI. (Aparte) (Es verdad; no puedo ahora deshacerme de él.) (Alto) ¡Desplegar velas! ¡Correr el temporal! Recoged á este.

MANI. No veo muy claro lo que pasa. ¡Fuego de Dios!

JAI. ¡Que no me trague el mar, y soy rico!

(La tempestad está en su apogeo)

TELON

ACTO 1.º

Cuadro tercero

La escena representa la sala de un mesón: puerta grande al foro, que da á una plaza y dos á la izquierda: mesas sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

REQUEJO, MOZO 1.º y MOZO 2.º

MOZO 1.º ¡Otra, sargento, otra! (Aplaudiendo)
VARIOS. Sí, sí.
REQ. Tengo el gaznate que no é ya mío.
MOZO 1.º ¡Que remoje!
MOZO 2.º Hoy aqui está todo pagado.
MOZO 1.º Menuda es la fiesta que se prepara. ¡Bebed!
REQ. Grásia. Ni los ángele mesmo beben coza má rica. Ezo mismo me sucedió el año pasao, cuando la Reina me mandó un propio pá que juera á cantar á su presensia.
MOZO 1.º ¡La misma Reina!
REQ. ¡Miá tú, pus claro, ella. Y m' habrían contratao pal Rial.
MOZO 1.º ¿Y por qué no lo hicieron?
REQ. Toma; porqué no se les ocurrió.
MOZO 1.º Ya entiendo.
REQ. ¡Pero hijito mío! ¡¡Qué corte, la corte!! ¡Qué de brillantes y qué... en fin la mar. ¡Y qué mujere! ¡eh!... y qué... vamo que no pueo explicarme.
MOZO 1.º Nos vamos enterando.
REQ. ¡Y una condesa!... no digo er nombre, po que soy cabayero, y tengo, vamos, lo que tié tóo cabayero. Pus bien, me mandó un

lacayo con un billete perfumao de yo no sé que sencias y Jesú!... lo perdía qu' estaba por esa personiya.

MOZO 1.° ¿El lacayo?

REQ. ¡Habrá bestía! La verdad, eso era un compromiso mú grande pá mí, porque ya me dijo mi capitán:—«Que no meta la pata; miá que tiés tú mucho gancho pá la mujere, y no vaya á haser una barbaridá.» No tuve má remedio que ir allá y dezengañarla. ¡Jesú! y cómo yoraba!... y ezo que el Emperaor de la Rusia, la habia rondao con un cabayo blanco, vestío tóo de blanco, una noche de blanca luna...

MOZO 1.° ¿Todo blanco?

REQ. ¿Qué te estraña?

MOZO 1.° Que no nos lo hagas ver negro.

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já!

REQ. ¡Que yo no miento! Que al que dude soy capá... Ahora no sabréi lo que me pasó con dó princesa, rubia las dó, pero yo no entendía aquella jerga.

MOZO 1.° ¿Eran extranjeras?

REQ. ¡Vaya! Una, inglesa.

MOZO 2.° ¿Y la otra?

REQ. De la Gran Bretaña.

MOZO 2.° ¡Será un país muy grande!

REQ. Como cuatro vese Inglaterra.

MOZO 2.° ¿Y cómo es Inglaterra?

REQ. Pus, como la cuarta parte de la Gran Bretaña.

ESCENA II

Dichos, ROSARIO, MARIA: luego JORGE

ROS. ¡Adiós, sargento!

REQ. Ahi está la gloria y su reflejo.

ROS. Gracias.

MAR. Para quien haga caso de vuestras palabras. Id con vuestras princesas.

REQ. ¡Samoscó! ¡Pero si me tiés tú rendío!

ROS. (A los mozos) Tendremos baile y cena y todo. El padre de Luis, quiere echar la casa por la ventana.

MAR. No te quiero, no te quiero.

REQ. (Aparte) (¡Habrá vieja más!...) (Alto) Pero oye... (Aparte) (Matusalém) (Alto) si contigo, contigo mezma iremos á ver esas princesas, y van á hacerte el rendibú, y van á morir de envidia. (Aparte) (Y tú, por el camino.)

ROS. Vamos, María, está loca esta mujer.

JOR. (Saliendo) ¿Es que no se bebe ya? Vamos, señor sargento.

REQ. A la orden, señor alcalde.

JOR. A divertirse todo el mundo, que hoy es el gran día para mi hija y para toda la casa. ¡Quiero que todos estén alegres de real orden, y esta tarde, la primera autoridad, romperá el baile.

TODOS. ¡Bravo! ¡Que viva el señor Jorge!

JOR. María, sacudid algunos años esta noche.

ROS. Déjela, padre, le enfada.

JOR. Solemne tonta, que la partida de bautismo canta y no puede corregirse.

MAR. No tantos, no tantos... (Aparte) (¡Qué ordinario!)

REQ. No muchos... (Aparte) (Pá abuela de mi padre.)

JOR. Señor sargento; es hoy día de fiesta para los míos, y nada quiero decirle, pero es el caso que va picando en historia lo que sucede. Hoy desbalijan á uno, mañana á otro, y está la seguridad por los suelos. El vecindario alarmado justamente, y la partida que ha plantado en estas cercanías sus reales, tan campante como si tal cosa.

REQ. ¿Pero ha sucedío algo? ¿Están por ahí cerca estos truhanes?

JOR. Cuidado, no se pierda usted, y guarde para mejor ocasión estos arrebatos.

REQ. Ahora mesmo, salgo y en cuanto lez encuentre...

MAR. Cuidado, cálmate.

REQ. Deja, ze ha puesto en duda mi valor; ezo no lo zufro. ¡Si con él ma encontrase! ¡si ma encontrase!... ni polvo quedaría. Aunque llegara aquí disfrazao de elifante, vaya si lo había é conozé...

ESCENA III

Dichos y MANIRROTO, disfrazado de arriero; al marcharse el sargento por el foro, tropieza con él.

REQ. Uzté perdone.
JOR. Allá va la fiera.
MAR. Pobrecito, hará un disparate y usté tiene la culpa.
JOR. No hay cuidado.
MANI. (Aparte) (Buen encuentro.) Que haya sulud, buena gente.
JOR. El cielo os guarde.
MANI. Traedme vino.
JOR. María, sírvele.
MOZO 1.° Nosotros vamos á esperar la murga.
MAR. Tendremos música. (Sirviendo)
JOR. Música y todos los requiloríos. No hay recuerdo de otra fiesta igual, y bien se lo merecen los novios, que otra pareja semejante no se encuentra cien leguas á la redonda.
ROS. ¡Qué feliz me hace usted, padre mío!
MAR. ¿Viene usted de lejos? (á Manirroto)
MANI. Si.
MAR. ¿Piensa permanecer en el pueblo mucho tiempo?
MANI. No.
MAR. ¿Será nuevo en el lugar?
MANI. Sí.
MAR. Y si no es mucho preguntar ¿quién le trae?
MANI. ¡El diablo!
MAR. ¡Ave Maria purísima! ¡y qué humor gastáis!
MANI. ¿Y qué os importa todo esto?
MAR. Nada absolutamente; es mera curiosidad.
MANI. Pues dejadme tranquilo.
JOR. Hasta luego muchachos; y que haya alegría, y en cuanto apriete la sed, ya lo sabéis.
MOZO 1.° Gracias. (Vanse)
JOR. Hija mia, soy el hombre más venturoso de la tierra; ya puedo morir tranquilo.
ROS. ¿Quién piensa tal cosa?
JOR. Es que sin pensar viene siempre; te dejo acomodada, y las condiciones y bondad de tu novio y su padre, son para mí la garan-

tía más sólida de tu felicidad. No podré legarte grandes bienes de fortuna, pero llevas un nombre honrado y la pureza de tu alma que es riquísimo dote. Que nada frustre tu alegría y abre el corazón al amor sin rebozo alguno, que tu padre en ti se mira solamente, y no hallaría obstáculo como se tratara de tu dicha.

ROS. Padre mío, no crea que olvide su cariño, ni me juzgue usted ingrata porque me embargue el contento, al unirme con el hombre que es el dueño de mi corazón.

JOR. No soy egoista y sé que á tu edad es justísima la aspiración que sientes. También he sido joven, también amé, y mañana gozarás con tus hijos, si el cielo te los concede, del mismo placer que gozo ahora al contemplar tus bellos ojos y ver en ellos retratada la dicha. Con el padre de Luis, hallarás un padre amoroso para tí, y quiera Dios que jamás se empañe el hermoso sueño que has concebido.

ROS. Porqué ha de suceder tal cosa, si me basta el amor de mi Luis y aquel nunca ha de faltarme.

JOR. El cielo te bendiga y el te escuche.

ESCENA IV

Óyense gritos fuera de "el loco", "el loco", y aparece luego una turba que contiene LUIS y que persigue á TRINQUETE que entra asustado. Este último va miserablemente vestido y desconocido completamente, dirigiendo miradas estúpidas.

JOR. ¿Qué es esto?

ROS. No sé. (Voces fuera) ¡El loco!, ¡el loco!

LUIS. ¡Atrás todos! ¡salvajes! ¡A ver quien se atreve!

JOR. ¿Qué sucede? (A Trinquete) Entrad, sentaos aquí.

ROS. ¿Qué pasa, Luis?

LUIS. Nada: esta canalla maldita, que no deja en paz á este infeliz.

MANI. (Aparte) (¡Pues me estoy divirtiendo! ¡Menos mal, sino pago cara la imprudencia! ¿Quién será este imbécil?

JOR. Dadle algo de comer. No tema nada, buen hombre.

ROS. ¡María!

MAR. ¿Qué hay? (Saliendo)

ROS. Trae algo para este infeliz.

MAR. ¿Ya está aquí? Sois demasiado buena. Lo que habría que hacer, sería plantarlo en medio de la calle. Esta gente entra por la misma razón que los perros en misa.

LUIS. Más caridad, María.

JOR. Pronto y no repliques.

MAR. Voy, voy allá. (No vale ni el pan que come.) (Vase)

JOR. ¿Y tu padre?

LUIS. Conmigo venía y quedóse á ultimar los detalles de la fiesta. ¡Qué hermosa está vuestra hija, Jorge!

JOR. Pués no se ha puesto las galas para mi, picarón.

ROS. ¡Es un ingrato!

LUIS. Si, un ingrato que te quiere con toda su alma, un ingrato, que moriría de pena sin tí.

JOR. La canción de los enamorados.

MAR. ¡Alarga esta zarpa! (A Trinquete dándole comida)

JOR. ¡Esta zarpa!.... no es el lenguaje muy delicado.

MAR. Para lo que él merece....

JOR. Merece nuestra compasión y nuestro socorro, y demos gracias á Dios, á fin de que no nos castigue, con su triste estado.

MAR. ¡Que cosas decis! El cielo me libre....

JOR. Pués el mejor modo, es atender á los desgraciados.

ROS. (A Trinquete) ¿Porqué no venís á vivir aquí en el poblado, en vez de estar cerca el río como una fiera?

TRIN. ¡Ja! ¡ja! (Riendo estúpidamente)

ROS. Apenas habla nunca.

LUIS. Muy poco. Solamente las noches de tempestad, prorrumpe en gritos y da voces marinas.

TRIN. ¡Ja! ¡ja! (Riendo y acariciando á Luis)

LUIS. Cuando vinimos con mi padre, siendo yo muy pequeño, fué preciso atarle, y desde entonces, cuando se le acerca, huye como un endemoniado. No hubo medio de conse-

guir que permaneciera cerca nuestra casa.

MAR. Cómo engulle el condenado.

LUIS. Sólo conmigo se muestra cariñoso y á veces me besa los piés y las manos.

MAR. ¡Qué asco!

JOR. En eso se parecen los locos á los cuerdos; en lo de no conocer quien les quiere. Puede decirse que á tu padre se lo debe todo, y le paga con la ingratitud.

MANI. Salud buena gente.

(Se levanta y se fija en Trinquete, quién á la vez le mira y se levanta asustado.)

TRIN. ¡Ah! ¡Dos rizos! ¡Orsa! ¡ja! ¡ja!

MANI. Esa voz.....

LUIS. No le hagais caso, es su manía.

MANI. ¿Ha sido marino?

LUIS. Ignoramos completamente su historia.

MANI. ¡Es particular!.... Quedad en paz.

JOR. ¡Dios os guarde!

(Manirroto vase al foro y se encuentra con Jaime deteniéndose á mirarle)

MANI. Tampoco me es esta cara desconocida. (Vase)

ESCENA V

Dichos y JAIME

JAI. Todo está corriente y aquí traigo para la novia algo que creo ha de gustarle. Dáselo tú, hijo mío. (le da un estuche)

LUIS. Toma Rosario; estas piedras preciosas, no tienen el brillo de tus hermosos ojos.

ROS. ¡Mire usted, padre! ¡Que bueno sois!

JOR. Esto es demasiado. Mi pobre hija no merece los obsequios con que la abrumais.

JAI. Mando yo, y es asunto concluído. ¿Aquí teneís también á mi pobre loco?

JOR. ¡Vamos hombre! Dile algo al señor.....

(A Trinquete, quién al fijarse en Jaime tira el plato y huye gritando.)

TRIN. ¿Eh? ¡Ah!.... ¡ja! ¡ja! ¡ja! (Huye por el foro)

JAI. Nada: lo de siempre. (Aparte) (Si llegara á recobrar la razón!.... ¡Tiemblo al pensarlo!)

JOR. ¿Os disgusta, no es cierto? Lo comprendo: vuestro corazón, no se aviene fácilmente á persuadirse que haya quien huya al veros.

Vos, que sois la caridad misma y el paño de lágrimas de todas las desgracias.

ROS. No le hagais caso; no está su cabeza para agradeceros los beneficios que se le dispensan.

JAI. Me da mucha lástima. Distintas veces os he dicho que apesar de su estado, sin darse cuenta de lo que hacía, salvó á mi Luis, cuando tenía solo tres años. No me sentí con el valor de abandonarle, y como resistía á seguirme, atado aquí le traje, destinándole un pabellón de mi jardín; cosa á que no se avino en modo alguno, pues ha escapado de él cuantas veces lo he probado. Prefiere vivir como un irracional, y lo único que en beneficio suyo puede hacer, es que no le falte abrigo y comida, aunque la mayor parte de veces la tire como sabéis todos.

JOR. Dejadle, pues. (Aparte) (Nadie me quita de la cabeza, que hay algún misterio que calla en toda esa historia. En fin, no me interesa.)

JAI. ¿Sabeis Jorge, que esa pandilla que merodea por los alrededores, tiene la comarca asustada? Dos veces distintas han robado la diligencia de Madrid, y este paso no va á ser posible vivir aquí con tranquilidad.

JOR. Esto me tiene también de un humor de todos los demonios

JAI. Precisa tomar severas medidas, y cazar á esos truhanes cuanto antes. (Óyense gritos y voces)

ROS. ¡Qué algazara! (Mirando por el foro) ¡Son los músicos!

MAR. ¡Los músicos, los músicos! (Saliendo)

(Óyese á lo lejos un paso doble que se va acercando)

JOR. Vamos ya tenemos el complemento de la fiesta.

MAR. ¡Que requetebien tocan!

(Se asoman todos al foro mientras va apercibiéndose mas clara la marcha hasta que figuran llegar á la plaza y paran.)

JAI. Ya está la villa entera revuelta.

JOR. ¡Cuidado si quedará recuerdo del festejo! María, Rosario, id vosotras y aposentadles en el piso de arriba.

LUIS. Voy yo también.

JAI. Id con Dios, hijos mios; y tu Rosario, acércate, que quiero yo mismo colocarte la sortija.

ROS. Tome usted.

(Le da el estuche y Jaime le coloca la sortija)

JAI. Así.

ROS. ¡Cómo corresponder!

JAI. Con un abrazo.

ROS. Con el alma entera.

ESCENA VI

JORGE y JAIME

JAI. He de comunicaros un secreto, que no creo enfrie en nada la realización de nuestros planes, pero que es obligación mía el hacerlo. Luis, á quien creeis todos hijo mío, no lo es.

JOR. ¿Como?

JAI. Ya me figuraba vuestra sorpresa. Su padre, era un hermano para mí; murió en un horrible naufragio, y nos juramos ambos qne el que de nosotros sobreviviera, cuidaría del pobre niño. Su cuna es honrada; eso, os lo juro; y si bien no le dí el sér, he cumplido mi promesa de modo, que ni vos, ni nadie, ha sospechado jamás, que no fuera de padre, el cariño que por él demuestro.

JOR. (Aparte) (¡Cuando digo que hay algo!) (Alto) En verdad me sorprende, pero cuando por hijo lo aceptais, bien puedo aceptarlo yo también. ¿Ha sido usted marino?

JAI. He navegado algo...

JOR. Nunca le había oído hablar de...

JAI. Tiene para mi recuerdos muy funestos.

JOR. Pues hoy no es día apropósito para evocarlos. La algazara no cesa. (Mirando al foro) y creo del caso que nos dejemos ver en la plaza. (Aparte) (Este hombre no dice la verdad.)

JAI. Como gusteis. (Aparte) (¡Si algún día se descubriera! (Vanse por el foro)

Cuadro cuarto

Una playa. Casas á la izquierda

ESCENA VII

CLAUDIO, ROQUE y ANDREA

AND. Salga V. aquí fuera, caballero, que está la tarde deliciosa.

CLAU. Allá voy, buena amiga.

AND. Nuestra pobre cabaña, parece un horno á esa hora, y aquí la sombra convida. Tráete una silla, Roque.

ROQUE. Voy allá. (Sacando una silla) Me tié con la boca abierta oyendo las cosazas de aquellas gentes. ¿Y diga usted: serán moros?

CLAU. Mucho peor que esto. Son indios bravos.

ROQUE. ¿Y de qué se mantienen?

CLAU. Su principal comercio, consiste en la venta de las pieles de los animales á que dan caza, cambiándolas por chucherías á otros indios fronterizos, que las venden á las factorías más cercanas.

ROQUE. Ya pué icirse que vive usted de milagro.

CLAU. La Providencia, que no abandona nunca á los que no pierden en ella la fé.

AND. Pues, como le decía, mi padre que esté en gloria, conocía mucho al señor Jaime, el capitán de «La Marta,» pero yo no me acuerdo de él.

CLAU. Yo no puedo terminar mi misión en la tierra, hasta hallarle vivo ó muerto.

AND. Y, diga; ¿detrás de este mar, hay muchas tierras aun?

ROQUE. ¡Habrá tonta! Hay las islas Médicas, que son unas tierras en medio del mar.

AND. ¿Y vive allí gente?

ROQUE. Toma, ya lo creo.

AND. ¿Y quién les trae comida á los pobrecitos?

ROQUE. Anda, anda; como que hay allí árboles, unos frutales que dan de todo. Me cargan las mujeres por lo inorantes.

CLAU. En las islas habitadas hay lo mismo que aquí.

ROQUE. ¡Serán muy grandes!...

CLAU. Ya lo creo: las hay mayores que España.

ROQUE. ¡Anda, anda, mía, mía tu!....

AND. ¿Y cómo pudo usted llegar á tierra?

CLAU. Fué un verdadero milagro: un golpe de mar, llevóse de á bordo trás de mí, unos toneles, que flotaban, y á ellos únicamente debí el milagro de mi salvación. Pude arrivar á una de las Bermudas.

AND. ¿Y que es esto?

CLAU. Son unas islas.

ROQUE. Eso debieran ser las mujeres toas.

AND. ¿Qué islas?

ROQUE. No, tonta; mudas.

CLAU. Y de allí, como os he dicho pasé á la Tierra del fuego.

AND. Esta tierra debe ser cercana al infierno.

CLAU. Muy al contrario: es un verdadero paraiso: hay allí ríos que arrastran el oro en sus arenas.

ROQUE. ¡Cuánto debisteis recojer!

CLAU. Es su valor apenas conocido.

AND. ¿Y qué habrá sido de su hijo?

CLAU. Por él solamente, quiero seguir mi peregrinación.

AND. ¡Y le hallará, ya lo creo!

CLAU. ¡Quien sabe! El infame que de él me separó, tal vez hizo seguirle luego la misma suerte que á mi!

ROQUE. ¡Vaya, que para él, es la horca poco castigo! ¿Y dónde piensa usted dirigirse?

CLAU. A la Corte. Allí es el corazón de España y tal vez pueda orientarme indagando.

AND. Es muy mala cosa el dinero.

(Se oyen los cascabeles de una caballería)

ROQUE. La carreta está dispuesta; con ella llegará mañana á Santander, y de allí con la diligencia á Madrid. Saca la maleta del señor.

AND. Voy. (Sacándola) Aquí está. Acompáñale.

CLAU. Adiós, buena gente; tomad estas monedas, y no os aparteis jamás del buen camino, que es el único que proporciona la tranquilidad en esta tierra y la felicidad eterna.

(Andrea se lo toma)

ROQUE. Muchas gracias.
CLAU. Vamos, pués.
AND. ¡Que halle usted á su hijo, buen caballero!
CLAU. ¡El cielo os escuche! Adiós.
AND. ¡Buen viaje, buen viaje! Quiera Dios que no véa nunca mucho dinero, para no caer en la tentación!

Mientras va despidiéndole cae el

TELÓN

ACTO 2.º

Cuadro quinto

La misma decoracion del Cuadro tercero. Amanece

ESCENA PRIMERA

JORGE, ROSARIO y MARIA

JOR. La vida va haciéndose imposible á este paso. Ya no puede uno ni siquiera ir á la casa del vecino, sin que se exponga á ser desbalijado por esta cuadrilla que les sabe á país conquistado esta comarca.

MAR. Y á fé señor Jorge, que no se quejará por esta vez de mi sargento. Hay que confesarlo; como á bravo, es bravo.

JOR. Sí, y como á embustero, ni al que lo inventó.

MAR. Es mucha la tema que le tiene.

JOR. ¡Pero, ven acá, vieja de todos los diablos!

MAR. ¿Cómo se entiende?

ROS. Déjela usted, padre, que se incomoda?

MAR. ¿Quién le ha dicho á usted que soy vieja?

JOR. Nadie, porque salta á la vista.

MAR. Esto es abusar, sí señor, porque me ven sola, (Llorando) y nadie teme el insultarme.

JOR. Ya es cuento antiguo que hagan llorar las verdades. Pero tómalo conforme te parezca, que esto me importa un ardite; es preciso que concluya esta ridiculez, y este contínuo hacer el tonto, entre tu y el sargento. Si álguien rie en ello y le hace gracia, á mi, maldita la que me hace.

MAR. Pero lleva usted la tiranía al punto de esclavizar los impulsos del corazón!

JOR. De un corazón en agraz.

MAR. ¡Ay! yo voy á morirme.

JOR. Cuasi tienes la edad para ello.

MAR. Sepa usted que pueden enterrarme con palma.

JOR. Este debe ser tu entendiento.

MAR. Y no que me faltaron proporciones.

JOR. Buenas serían.

MAR. Y gente distínguida y elevada.

JOR. Si, ya sé, un tambor mayor y un campanero. Ea, basta de charla.

ROS. ¿Se ha fijado usted padre, en aquel venerable caballero? ¡Qué tranquilo estaba! ¡Cuánta dulzura tienen sus palabras! Me parece que habrá sufrido mucho en este mundo. Para todos sus compañeros de viaje, tenía frases de consuelo y era el único que no se desataba en improperios contra los ladrones.

JOR. Si que me he fijado en él y por cierto que me ha cautivado oirle.

MAR. Se ha pasado la noche rezando y lloraba también; con el silencio, hasta al corredor llegaban los sollozos.

JOR. Lo que llegaba del corredor al cuarto, era tu fisgonería.

ESCENA II

Dichos y REQUEJO por la 2.ª izquierda

REQ. A la órden, zeñó alcalde. (A Rosario) Que haya salud ramito é jazmines.

MAR. Buenos días, señor sargento. Solo de los ramos se apercibe.

REQ. Mujé, si lo eres también, de siempre vivas. (Aparte) (Como la corona de lo difunto.)

JOR. Al fin se ha hecho algo de provecho.

REQ. Vaya, en cuanti ze me zube el genio, zoy atró. Me dije al zalí con mi número: Requejo ó vuelve cargao con el lauré de la vitoria ó enjamá ze habla de tu prezona.

MAR. Ay, no, eso no.

REQ. Deja tú, tonta. Tomo mi disposicione, que

sé mucho de estrategía, y tengo mi eztudio bíblico aztronómico para el cazo.

MAR. (Cuánto sabe este hombre.) (Aparte)

REQ. Divido en ala mi partia, reconoco er terreno. Allí veo un recoldo, me digo no etán lejos. Aquí han cenao y esperan la íligencia. Noz embozcamo, paza una hora, nadie, paza otra, tampoco, paza...

MAR. Supóngalas usted pasadas todas.

REQ. E que que quería dá á conosé lo detalle, para que ze yiera mi pesqui.

JOR. ¿Y los estudios bíblico-astronómico, es esto?

REQ. (Aparte) (¡Si habré metio la pata con la palabreja!) (Alto) Cabal pero ya que cansa, acabo, en do palabra. Ze oyen á lo lejo lo cazcabele, gritos, ze paran, un tiro. Creo que ezo indicaba que argo sucedía.

JOR. Cuasi, cuasi.

REQ Puz, bien, digo á mi fuerza pazo de ataque, y embeztimo: ¿fuego! descarga cerrá, diz perzión, entuziamo en lo pazajero, victoria completa, el campo nueztro. Resurtao, un cuerpo en tierra.

JOR. Si, un mulo de la diligencia.

REQ. No ez mia la culpa, ez de la bala. Y el capitán prezo.

JOR. Que capitán ni ocho cuartos. Todo lo más, el ranchero de la partida. Pero, en fin, algo es algo, Por el hilo será fácil sacar el ovillo.

REQ. E que zabrá ahora la partia, como laz gasto. Y venga argo con que llenar el buche, que garbanzo mejó ganao, no han entrao en estómago arguno.

MAR. Vamos allá.

JOR. Id con Dios.

MAR. Y que te he reservado una botella de la cena de la noche pasada.

REQ. ¡Changú! A la órden. Vamo prenda, ¡viva tu chipén y tu chaperunden y tu rechaperunden!

JOR. Eso, y seculorum, amén.

(Vánse María y Requejo, segunda izquierda)

ESCENA III

JORGE y ROSARIO

JOR. Sin haber sido el capitán de la partida ni mucho menos, el que se ha logrado hacer prisionero, alguna cosa hemos ganado. Le tenemos á buen recaudo, y quien sabe si podrá darnos algunos detalles que faciliten nuestros deseos.

ROS. Todo sale á pedir de boca de unos días á esta parte.

JOR. Ya lo creo, y á tí particularmente, picarona.

ROS. ¿Porqué he de negarlo? Ya sabe usted que Luis, ha sido mi único y solo amor. Creo que si él no hubiese nacido, no habría jamás amado á nadie.

JOR. Esta es la ilusión de todo enamorado; y á propósito, ayer D. Claudio me notificó algo, que es deber mío no ocultarte.

ROS. ¿Y que es ello? supongo que no turbará nuestra felicidad.

JOR. ¿Quién dice tanto, mujer? pero no dudo que vá á causarte la misma sorpresa que á mi. Fugárate como me quedaría yo, al oir de sus labios que Luis, tu prometido, no es hijo suyo.

ROS. ¿Y eso es todo?

JOR. Si y no.

ROS. Pues eso lo sabía ya. Luis mismo me lo ha contado distintas veces.

JOR. Bravo: y tú, calladita. ¡Para que fíe uno en la franqueza de los hijos!

ROS. ¿Acaso se tiene la culpa, ó bien le hace peor? Al contrario, este es un motivo para que haya de quererle más. ¡Pobrecito! ¡no sabe lo que es una madre! se ha criado sin su cariño.

JOR. No, si ya me consta que vas á justificar en todo, nuevos títulos para quererle. No se trata de eso.

ROS. ¿Y pues?

JOR. En que sin sospecharlo yo, era un secreto á voces: el lo sabe, tú lo sabes y plural nos-

otros lo sabemos; pero por mi parte, ha sido cuasi á última hora.

ROS. ¿Y qué nos importa?

JOR. No es, á decirte verdad, que sea cosa de mucha monta, pero la esplicación dada por su padre adoptivo, no me satisface del todo.

ROS. A buen seguro no es en perjuicio de Luis, porque: ¡cuidado si le quiere¡ ¡más que á sus entretelas!

JOR. Tampoco pongo en tela de juicio su cariño para el muchacho. Pero, oye: ¿te ha contado alguna vez el mismo, lo que sucedió? de un naufragio y de que se yo que cosas.

ROS. Varias veces, pero, calle, él se acerca. No vaya á darle pena al pobrecito, recordándole cosas pasadas.

JOR. No temas, mujer, no temas. (Aparte) (Vaya, que es muy extraño.)

ESCENA IV

Dichos y LUIS por el foro

JOR. De tí hablaba.

LUIS. Y de ustedes yo, con mi padre, que se ha enterado con gran placer de lo sucedido anoche, con la sorpresa de la partida al asaltar la diligencia. Ya era hora que se diera una lección á ese hato de foragidos que han sembrado el terror en poco tiempo por estas cercanías.

JOR. Algún día habían de hallarse con la horma de su zapato. Tenemos preso á uno de la partida, y muy poco será lo que valgamos, caso que continuen las fechorías, si no tenemos con él, el cabo de la madeja.

ROS. Oye, Luis, tu padre dijo anoche al mío, lo que me tienes ya contado varias veces.

JOR. Y por cierto que no dejó de llamarme la atención, el empeño en tenerlo oculto hasta ahora.

LUIS. Me quiere tanto, que le da pena confesar la verdad. Esta ha sido la primera vez que sus labios se han abierto para revelarlo á nadie que no fuera á mí solo. Y conozco

que le molesta; pues esta noche apenas ha dormido, y los pocos instantes que ha cerrado los ojos, ha sido presa de una pesadilla. Así es que les ruego á todos, que olviden la triste historia, porque conozco que se trastorna, y sería yo el más ingrato de los hombres si no procurara evitarle disgustos á todo trance.

JOR. (Aparte) (Cada vez me extraña más.) (Alto) En fin, procuraré complacerte. ¿Y tú, no tienes el menor recuerdo de lo sucedido?

LUIS. Muy vagamente. Recuerdo otros países, así como si lo hubiera soñado; figuraros que no había cumplido los tres años.

ROS. ¡Pobrecito! (Mimándole como á un niño)

JOR. No, mujer, si ahora los ha cumplido ya.

LUIS. Recuerdo además, algo así como á bordo de un buque, una noche oscura, el estampido del trueno, unos labios que me besan, un suave calor, el dulce arrullo que produce el aliento querido, el sueño que pliega mis párpados, gritos que me despiertan. Luego, más tarde, manos toscas que cuidan de mí; y todo, todo, en confuso tropel, sin que la fijeza de una idea me sugiera la exactitud del recuerdo. Una cosa tan solo ha llamado mi atención, y me la explico por la escasa noción de fechas que se tienen en los primeros años de la vida. Me refiero al pobre loco que todos conocemos.

JOR. ¿Al loco? á ver, habla.

LUIS. Conste, que de nada me acuerdo de cuanto voy á decir, y que solo por referencia de mi padre lo sé. Permanecimos unos días, pocos, en una costa española, creo que era la Cantábrica porque yo, que hablaba apenas, lo hacia de muy distinto modo á los naturales de allá. Eso sí que lo recuerdo bien. Mi padre, ó sea don Claudio, no podia cuidar de mí, y una buena mujer, era la encargada de ello. Sucedió, no sé cómo, que en un momento de descuido me aproximé á la orilla del mar, y tanto me acerqué á las olas, que, envolviéndome una de ellas, me arrastró mar adentro, y alli habría acabado mis días, si el loco, no se hu-

biese arrojado al agua extrayéndome con vida.

ROS. Pobrecito, pues debía ser una buena persona cuando estaba en su juicio.

LUIS. Enteróse mi padre, que es quien me lo ha contado luego; procuró atraérselo, cuidarle, porque iba perdido; pero, si será rara la manía del pobre, que lejos de mostrarse agradecido, parece que le teme y le huye. Por esta causa, no le ha abandonado jamás, si bien renunciando á hacer por él lo que sería su gusto, porqué no hay fuerzas humanas que puedan retenerle en la habitación que se le destinaba. Y ahora viene lo raro del caso, para que formen idea todos, de lo poco que en mis recuerdos puede nadie fiarse; pues estas voces que dá el loco, y esta risa con que contesta las palabras que se le diríjen, diría que las había oido ya mucho tiempo antes de que le conociéramos. El metal de su voz no pareció nuevo á mis oídos. Mirad si quereis tontería mayor.

JOR. En efecto... (Aparte) (Eso no es la ilusión de un niño Hay aquí algo más que interesa averiguar.)

ESCENA V

Dichos y CLAUDIO

ROS. El viajero aquel. (Viéndole)

JOR. Ah, vamos, estais ya algo repuesto, caballero.

CLAU. Si, me encuentro bien. No creais que el suceso de anoche, haya hecho en mi la mella que parece. He sufrido tanto en esta vida y se han eslabonado de tal modo las desgracias, que nada me afecta ya.

ROS. ¿Habrá usted padecido mucho?

CLAU. Mucho, hija mia, ni yo mismo acierto á esplicarme el milagro de que me resten fuerzas para contarme entre el número de los vivos.

ROS. ¡Pobre señor!

CLAU. ¿Es hija vuestra esta encantadora joven?

JOR. Si, lo es.

CLAU. Que el cielo os la conserve, tan hermosa y buena como sus bellos ojos indican. Y éste jóven...

ROS. Es...

LUIS. Soy su prometido.

CLAU. Me alegro. Puedo felicitaros á los dos por vuestra elección. Que seais buenos y dichosos, que las doradas tintas de la juventud os prometen un porvenir de rosa.

LUIS. Caballero, no creo que con vuestros achaques esteis en disposición de continuar el viaje. Os ofrezco la casa de mi padre y mia, que desde el momento podeis considerar vuestra, si nos dispensais el honor de acoger nuestra hospitalidad.

CLAU. Gracias, amable jóven. Vuestros ofrecimientos me llegan al alma, y no por eso será menor mi gratitud si el interés que tengo en terminar el viaje, no me permite aceptar. ¿Qué edad tenéis?

LUIS. Veinte y tres años.

CLAU. Hermosa edad: ¿y cómo os llamáis?

LUIS. Luis.

CLAU. ¿Luis? ¡Ah! (Llorando)

ROS. ¿Qué tiene este nombre de particular que le haga á usted saltar las lágrimas?

CLAU. ¡Nada, hija mia, nada! ¡Dejadme abrazaros!

LUIS. Con toda el alma (Se abrazan)

ROS. ¡Pobre señor!

CLAU. ¡Qué dichoso será su padre de usted!

ESCENA VI

Dichos y JAIME, sin entrar

LUIS. Viene precisamente allí.

JOR. Don Claudio... (Llamándole)

CLAU. ¡Qué!

LUIS. Es su nombre.

CLAU. (¡Dios mío!) (Aparte)

LUIS. Hay aquí un pasajero de los que iban en la diligencia que desea conocerle.

(Hasta aquí ha permanecido Jaime en el foro, sin entrar)

JAI. Adiós, hijos míos; Jorge, ¿es usted? (Aparte sorprendido) (¡Estas facciones!)

CLAU. Caballero. (Aparte mirándole) (¿Será un sueño lo que está ante mi vista?)

ROS. ¿Qué le sucede á usted? (A Claudio que se desvanece)

CLAU. Nada, nada, hija mía, me siento mal.

JOR. (Aparte) (Aquí pasa algo.) (Alto) ¿Se siente usted indispuesto?

CLAU. Sí. (Aparte á Jorge) Pronto necesito hablarle.

JOR. A sus órdenes. Un momento.

CLAU. Dispensadme. (Aparte) (Es él; no me cabe duda.) (Vánse Claudio y Jorge)

ESCENA VII

ROSARIO, LUIS y JAIME

JAI. ¿Es este caballero, uno de los que iban en la diligencia?

LUIS. Efectivamente. Pero, ¿qué tiene usted? cualquiera diría que no le ha sido su vista agradable.

JAI. Te engañas. (Turbado) ¿Qué tengo yo que ver con él?

LUIS. Nada, que yo sepa.

ROS. Dice que ha padecido mucho el pobrecito. Me da lástima.

JAI. No hay que fiar en las apariencias, ni prestar crédito á las patrañas del primer advenedizo. Vosotros no sabéis aún lo que es el mundo, no conocéis las flaquezas de la humanidad y es preciso no prodigar la compasión sin estar convencidos de que hay justo motivo para ello. También el lobo viste á veces la piel de oveja.

LUIS. Está usted sombrío; nunca le había oido hablar así.

JAI. Bueno, no prosigamos; dejadle que continúe su camino, pues si es desgraciado y obra bien, ya hallará al fin su recompensa. Nosotros en nada le hemos perjudicado, ni tenemos nada absolutamente que ver con sus infortunios.

LUIS. Pues yo, le había ofrecido nuestra casa.

JAI. Muy mal ofrecido.
LUIS. Sin embargo...
JAI. Digo que no se hable más del asunto.
LUIS. Está bien, procuraré no volverle á disgustar.
JAI. Es lo que debes hacer.
ROS. (Muy áspero está.) (Aparte)
JAI. (He de adquirir la certeza de mis recelos, y si fuesen ciertos...) (Aparte)
LUIS. (Esto no es natural en él.) (Aparte)

ESCENA VIII

Dichos y JORGE, segunda izquierda

JOR. (Aparte) (Tanta maldad no es posible.) (Alto) Rosario, entra á tus habitaciones y tú, Luis, márchate también...
ROS. ¿Qué dice usted?
JOR. Ya lo has oído.
LUIS. ¿Que me marche? ¿por qué? ese tono se usa solamente cuando le arrojan á uno.
JOR. Es que debo añadirte, que hasta nueva orden, queda prohibida tu presencia en esta casa.
ROS. ¡Padre!
LUIS. ¡Pero, esto no es posible!... ¡es una locura!..
JAI. ¡Jorge! ¿qué significa todo esto? (Aparte) (Tiemblo, y no sé por qué.)
JOR. A usted solo, debo comunicarle la causa. Marchad vosotros.
LUIS. Necesito una explicación.
ROS. ¡Padre mío! es mi vida.
JOR. Ni una palabra he dicho, y obedece.
ROS. Adiós, Luis mío; tuya ó de nadie.
LUIS. No temas. Señor Jorge, nos veremos. No se arranca impunemente una pasión, ni se juega así con el cariño. Volveré.

(Vánse Rosario y Luis)

ESCENA IX

JAIME y JORGE

JAI. ¿Podrá usted darme una explicación de este cambio incomprensible?

JOR. No deseo otra cosa, pero antes es preciso que me cuente usted su historia, toda, toda, sin ocultarme nada, como puesto á los pies del tribunal de la penitencia. Necesito saberla, don Claudio, ó como usted se llame, porque dudo hasta de su nombre, y sospecho que ni esto sea suyo.

JAI. Para eso será preciso que yo me avenga á complacerle. ¿Quién es usted para pedirme explicaciones?

JOR. En primer lugar un hombre honrado; y si no bastara este titulo, que es el mejor, soy la primera autoridad de la villa.

JAI. Nada tengo que reprocharme, y para nada, téngalo entendido, he de darle explicaciones, ni como hombre, ni como alcalde.

JOR. ¿Ignora usted que existe quien tal vez puede decirle lo contrario? Espere un momento. ¡Caballero! (Llamando segunda izquierda)

JAI. Nada tengo que hacer aquí.

JOR. Teme su presencia y quiere usted marcharse.

JAI. (Aparte) (Es preciso arrostrar la situación.) (Alto) Está usted en un error. Aquí me quedo.

JOR. ¿Le reconoce usted?

(Cogiéndole de la mano le presenta á Claudio)

JAI. ¿Si le reconozco? está usted loco.

CLAU. No hay duda, su misma voz. Sois Jaime, el infame capitán de la corbeta «Marta».

JAI. (Aparte) (¡Ah! Serenidad.) (Alto) Deploro su enfermedad, caballero; los infortunios que dicen ha sufrido usted serán sin duda la causa de su locura.

CLAU. No reclamo para tí el castigo, que bien lo mereces, quédate también las riquezas que me robaste, pero devuélveme á mi hijo, y todo, todo te lo perdono.

JOR. Su hijo vive, caballero; es la única obra buena que ha hecho.

JAI. ¡Qué sarta de disparates! No quedará esto así por cierto; yo haré valer mis derechos de hombre honrado, y temed el castigo por vuestra calumnia. (Marchándose) Le compadezco á usted, caballero.

CLAU. ¡Detenedle!

JOR. No, es preciso asegurar el golpe. Tengo la

convicción que Luis es el hijo de usted; pero ni una palabra.

ESCENA X

Dichos y MANIRROTO; luego MARIA

MANI. Salud, buena gente.

JOR. El Señor con vos venga. ¿Queréis algo? ¡María!

MANI. (A María que sale) Vino. (Aparte) (No hay duda; mis pesquisas han resultado. No tengo otro remedio que disolver la partida y será este un nuevo filón. Volveremos á ponernos frente á frente después de veinte años.)

(María le sirve vino)

MAR. Decías...

MANI. Que sois la mujer más preguntona del orbe. Escuchad, buena vieja.

MAR. ¿Cómo vieja?

MANI. Pues lo que seáis. Preparadme habitación. El tiempo amenaza tempestad y no partiré hasta mañana. (Aparte) (No perderé el rato.)

JOR. ¿Os quedáis, buen hombre?

MANI. Sí, hasta mañana; temo que la tormenta me hallaría en mitad del camino.

JOR. Como gustéis.

MANI. ¿Y qué se sabe de la partida que ha asaltado la diligencia?

JOR. Este caballero iba en ella.

MANI. (¡Caracoles, si me reconociera!) (Aparte)

JOR. Tenemos un prisionero.

MANI. (Aparte)(A quién se lo cuenta.) (Alto) Dícese que son temibles.

JOR. Ya les llegará su San Martín.

(Oyense gritos de «el loco», «el loco» y una turba de muchachos atraviesa la escena.)

CLAU. ¿Qué pasa?

JOR. De eso quiero hablaros también. Acercaos. (Bajo á Claudio) Es un pobre loco que trajo en su compañía, don Claudio, ó Jaime, como le llama usted, hace veinte años cuando vino al pueblo.

CLAU. ¿Qué dice usted? hable.

MANI. (¿Qué dirán? si pudiera escucharles.) (Aparte)

CLAU. ¿Que da voces marinas?

JOR. Y particularmente las noches de tempestad, como lo será la de hoy, si no cambia el tiempo.

CLAU. Es preciso verle.

JOR. Poca cosa sacaréis de él en claro.

MANI. (He oído lo bastante.) (Aparte)

ESCENA XI

Dichos y ROSARIO; luego LUIS

ROS. Padre, ¡oh! caballero, dígame qué sucede.

CLAU. ¡Pobre niña!

ROS. Luis se acerca, le he visto, por Dios, por la Virgen, que nos matan á los dos.

LUIS. ¡Rosario! (Saliendo)

JOR. Caballerito, son para usted letra muerta mis órdenes.

ROS. ¡Padre!

LUIS. ¡Jorge!

CLAU. (Aparte) (¡Cómo sufren!) (No pudiendo contenerse) ¡Hij...!

JOR. (No dejándole acabar) ¡Silencio! (á Luis) ¡Márchese usted!

ROS. ¡Dios mío!

CLAU. Llora en mis brazos.

JOR. Calle usted, ó le pierde. (Aparte á Claudio)

MANI. (Tengo aquí mucho que hacer.) (Aparte)

(Llenándose el vaso y bebiendo tranquilamente. Jorge indicando á Luis que se vaya; éste lo hace poco á poco. Rosario llora en brazos de Claudio.)

TELÓN

ACTO 3.º

Cuadro quinto

La misma decoración del anterior; es de noche y óyese á menudo el trueno.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO, MARIA, MANIRROTO, y REQUEJO por el foro

MAR. ¡Jesús! (Al oir el trueno)

ROS. ¡Santa Bárbara!

REQ. ¡Buena nochesita, pero buena! (Entrando)

MANI. Eso es un juego de niños. Poca mella me hacen las tormentas en tierra firme. En alta mar, ya es otra cosa. Allí, hay que temerlo todo; lo de arriba y lo de abajo.

MAR. ¿Habeis sido marino?

MANI. (Ya metí la pata.) (Aparte) ¿Por qué? (Alto)

MAR. Como decis.....

MANI. ¿Y eso que tiene de particular? Sin haber jamás navegado, se adivina el mayor peligro que debe correrse.

REQ. ¡Calle ozté, compare! Zi zabré yo lo que é bueno, y lo peligro que ze corre..... vaya, ya lo creo.

MAR. ¿Y has navegado tu?

REQ. Ma, que lo pése. Naufragué una vé, yendo á pará á un izlote desierto, en que no había ná arsolutamente. Eztaba aburrío, porque ezo é morirze de hambre, é muy trizte y debilita mucho er cuerpo. Pero como má dáo Dió eza grasia que pá ná ma puro, me puze una noche á cantar y má arranqué por soleares, cuando ar poco rato, aplico el oido y

— oigo una vosesita como dun ánge, pero, ¡que vosesita! me quedé paráo y ar poco rato, sale de la oriya la cara de uná jembra ma hermosa que er sol.

MAR. ¿Del agua?

REQ. Azpera, y oye. ¡Que cuello! ¡que brazo! y qué..... vamo; aceitera, aceitera. Pero ná má. De la sintura abajo.....

MAR. ¿Qué?

REQ. Que no era muje.

MAR. ¿Pués que era?

REQ. Merluza.

MAR. ¡Ave María purísima!

REQ. Era una sirena.

MANI. Pero hombre..... (Aparte) (!Habrá embustero!....)

REQ. ¿Qué lo pone en duda?

MANI. No, en duda no.

REQ. ¡Se conose que no ha sío uzté nunca marino!

MANI. Eso si que se conoce.

REQ. Pus, bien; prosigo. Ezó animale medio muje, medio pez, cantan.....

MAR. Ya lo sé; como una sirena.

REQ. Porque lo son mezmamente. Pus bien: sanamoróde mi como una perdía, y ya desde entonse, no me fartó comía ni ná. Ya he dicho que era medio pés de sintura abajo y claro; que..... resurtaba la cosa argo sosa y determiné salir á la primera ocasión.

MAR. ¿Y como acabó?

REQ. Hise señá á un barco y me llevó á bordo.

MAR. ¿Pero y la sirena?

REQ. Hicimo con ella un arró.

ROS. ¡Qué barbaridad!

MAR. ¡Que asco!

MANI. ¡Cuidado si le habrán sucedido cosas!

REQ. ¡¡Múcha!!

ESCENA II

Dichos y D. CLAUDIO por el foro

(Manirroto procura no mirarle cara á cara)

CLAU. La noche está oscurísima. ¿Y tu padre, Rosario?

ROS. No puede tardar. ¡Cuanto sufro!

CLAU. Lo creo, pobre niña. No te inquiete, que de igual manera que mañana al amanecer, brillará el sol, como naciendo de la borrascosa noche que ahora nos envuelve, puede lucir también tu felicidad. Confianza en Dios, hija mía, que es El el único que lo puede todo.

ROS. No me resta ya nada más, caballero. Sin el amor de mi Luis, prefiero la muerte.

CLAU. ¡No renuncies á él, hermosa niña! ¡Cuanto le ama! (Aparte)

MANI. (Aparte) (Aquí se prepara algo y tal vez estorbe mi presencia, pero he de saberlo todo y espiar los pasos de esta gente.)

MAR. ¿Marchais?

MANI. Si; me rinde el sueño. (Váse segunda izquierda)

REQ. ¡Descansá, compáre¡

ROS. ¡Pero, dígame usted que ha hecho Luis! ¿Ha cometido alguna bajeza? ¿Es malo?

CLAU. He dicho confianza en Dios, y cási te empeño mi palabra de hombre honrado, que será tu esposo.

ROS. ¡Qué dulce esperanza me infunde el acento de usted!

ESCENA III

Dichos y JORGE

ROS. ¡Padre!

JOR. Retirate, Rosario y tu también, María.

ROS. Está bien.

(María coje por la manga al Sargento, lo cual observa Jorge)

JOR. No, señor sargento, quédese usted.

REQ. A la orden.

MAR. (Aparte) (Parece que conspira para arrancarlo de mi lado.)

ROS. Vamos, María. (Aparte) (Nunca me había dado mi padre tanto miedo. La Virgen nos asista.) (Vase con María)

ESCENA IV

JORGE, CLAUDIO, REQUEJO y MANIRROTO, escuchando.

MANI. (Aparte) (¡Cuando dije que se tramaba algo..!)

JOR. Las vagas averiguaciones que he podido hacer, me dan el interno convencimiento de todo ¡pero han pasado muchos años!

CALU. Es verdad.

JOR. Por otra parte, no tenemos prueba alguna y si diéramos el golpe en falso, no adelantaríamos otra cosa que dejar en la más completa impunidad el horrible delito.

CLAU. Yo no pido otra cosa sino que me devuelva á mi hijo.

JOR. No imagine imposibles: esta devolución equivaldría á la tácita confesión de su crímen.

CLAU. Es verdad. ¿Que hacemos entonces?

JOR. Aquí no hay otra solución, que inventar un ardid, para que caiga envuelto en sus propias redes, y él mismo se nos entrégue.

MANI. (¡Vaya, vaya; poco interesante que resulta todo esto!) (Aparte)

JOR. ¿Ha fijado usted su atención en las facciones del loco?

CLAU. Ni siquiera le he visto de cerca.

JOR. ¿Le reconocería, si ese infeliz hubiera sido uno de los de la tripulación?

MANI. (¡Caracoles! ¿Quien será este loco?

CLAU. ¡Tal vez! Nada perderemos en probarlo.

MANI. (Pues yo sí que le reconoceré.)

JOR. Sus voces marinas en las noches de tormenta, me indican su profesión.

MANI. (No necesito saber más; es Trinquete.)

CLAU. ¿Y quien le trájo á esta villa?

JOR. Esto, corona mi convencimiento: el mismo Jaíme, como le llama usted.

MANI. (¡Imprudente!)

JOR. Es preciso que esta noche misma vaya usted á la cueva: el sargento le acompañará, aguardándole á alguna distancia.

REQ. A la órden. (Aparte) (Vaya un rato van á darme.)

JOR. La noche nos proteje, pues, como he dicho,

durante la tempestad, es cuando prorrumpe en gritos el desgraciado. ¡Quien sabe si permitirá el cielo un milagro!

MANI. (Aparte) (No será pequeño. Ya se cuanto me convenía. Ahora, á sacarle el provecho, y sin perder momento á ponerme otra vez frente á frente con mi antiguo capitán.)

CLAU. Quiero hacer aun la última prueba; si está sordo á mi petición, él mismo se perderá, y que la misericordia de Dios se apiade de él.

JOR. No perdamos tiempo. Acompáñele usted, sargento.

CLAU. Primero á la casa de ese miserable. Vamos.

(Vánse Claudio y Requejo)

JOR. ¡Dios os guie! Va la felicidad de este hombre y la mia, porque no fuera posible para mi, siendo desgraciada mi hija. ¡Que la justicia dívina caiga sobre la cabeza del culpable.

Cuadro sexto

Sala corta en la casa de Jaime. Ventana á la derecha y puertas al foro y á la izquierda.

ESCENA V

LUIS, á poco JAIME

LUIS. (Acercándose á la ventana) Así te quiero, noche; oscura y tempestuosa como mi animo, negra como mi porvenir. Es preciso que se me dé la clave de este misterio; que no tiene suficiente fuerza el corazón humano, para descender en un momento de las puertas mismas del paraíso, al dintel desesperación. No, no es posible: si la suerte me ha escojido para ser su juguete, antes dejaré de existir que resignarme. ¿Que misterio se encerrará en mi? He de saber la verdad; quiero saberla... me arde la cabeza...

JAI. ¡Luis!...

LUIS. Escuche usted, padre, padre si; cual no será mi convencimiento del cariño que le inspiro, si no vacilo en llamarle padre.

JAI. Y lo soy para tí... ¿que te inquieta?

LUIS. ¡Y lo pregunta usted sabiendo que no puede ya existir para mi la felicidad!

JAI. ¡Comprendo! La primera ilusión... pero te engañas, hijo mío.

LUIS. ¿Que dice usted?

JAI. Que te engañas, lo repito. La culpa es mía solamente por haberte tenido alejado de la esfera social en que debieras brillar, por haber preferido escondernos en este rincón de España. Pero, no importa: ahora se nos presenta ocasión de subsanar el error, y á ser posible, mañana mismo partiremos de aquí. Persuadido estoy que andando el tiempo, te felicitarás de lo sucedido, burlándote del ridículo amor de aldea, que crees hoy indispensable á tu vida.

LUIS. No mas, padre, no mas. Esto es un delirio. Solo la muerte podrá arrancarme de aquí. ¿Qué me importa á mi el resto del mundo?

JAI. Reflexiona, y no juzgues con el acaloramiento propio de los años.

LUIS. No es posible; es mi vida. No habrá fuerzas bastantes que consigan apartarme de su lado.

JAI. Eso es delirar.

LUIS. Es que loco estoy, padre mío.

JAI. Pues bien; siendo así, para nada he de escuchar tus raciocinios, ni he de dejarme arrastrar por tu insensatez.

LUIS. ¿Que significan estas palabras?

JAI. Mi inflexible determinación de alejarnos de aquí.

LUIS. ¡Eso, no!

JAI. Eso, si. Si no de grado, por fuerza: se acabaron las contemplaciones.

LUIS. Está bien, parta usted: yo no me muevo de aquí.

JAI. ¿Desde cuando esta inesplicable desobediencia?

LUIS. Desde que por inesplicables motivos, quiere usted labrar mi desdicha.

JAI. Tengo derechos sobre tí.

LUIS. Ninguno.

JAI. ¡Oh!

LUIS. Sí, ninguno, lo repito: usted es mi padre.

JAI. ¡Este es el pago de mis desvelos y mis afanes! Está bien: de hoy más, buscarás inutilmente en mi, el paternal cariño que te ha dado cuanto tienes y vales, hasta el mismo orgullo que ensoberbeciéndote, ha motivado la negra ingratitud con que pagas mis favores.

LUIS. ¿Pero, no vé usted que necesito una explicación de la extraña conducta del padre de Rosario?

ESCENA VI

Dichos y MOZO 1.º, luego MANIRROTO

JAI. ¿Que ocurre?

MOZO 1.º Un hombre que pregunta por usted.

JAI. ¿En tal noche y á esta hora?

MOZO 1.º También se lo he hecho observar y contestóme que era indispensable verle á usted al momento.

JAI. Que pase.

MANI. Buenas noches.

JAI. (Esta cara...) (Aparte)

MANI. (Vamos es él.) (Idem)

JAI. ¿Que me quereis?

MANI. Necesito que estemos solos.

JAI. (Esta voz...) (Aparte) Retirate hijo mío. (Vase Luis) Ya queda usted complacido.

MANI. No es muy á propósito la visita; pero entre amigos viejos...

JAI. Amigo vuestro...

MANI. Sin duda alguna. Se han pasado algunos años, es cierto, pero no los suficientes para que el ex-contramestre, no reconozca en vuestras facciones las del capitán de «La Marta.»

JAI. Silencio desdichado. (Tapandole la boca)

MANI. ¡Ah, vamos! Ya me conocéis.

JAI. (Quién le habrá traido.) (Aparte)

MANI. Siempre me alegro de saludar á los buenos amigos. Es decir nos alegramos los dos.

JAI. No he dicho tal cosa.

MANI. ¿Que no os alegrais? Bueno; ya lo haré yo por ambos, no vayamos á reñir por esa friolera.

JAI. ¿Y que es de tí? ¿Que buscas?

MANI. La mas rara casualidad, ha sido la causa de hallarme en vuestra presencia. Después de nuestro último viaje, aquel en que un golpe de mar se llevó á cierto viagero... (Recalcando)

JAI. Acaba.

MANI. Si no he empezado aun. Bueno; pasemos aquello por alto. Nos despedimos y yo continué el negocio del ébano por mi cuenta. Fuí apresado y condenado á presidio: allí acabé de pulirme, y al salir me dediqué á la honrosa profesión de desbalijar al prójimo. Recluté gente y durante unos meses hemos sido el terror de este pais.

JAI. De modo que tu eres el capitán de la partida...

MANI. El mismo. Debeis sentiros orgulloso de vuestro discípulo.

JAI. Yo nunca he sido ladrón.

MANI. Habeis sido negrero que es peor.

JAI. ¿Y que quieres?

MANI. Daros un aviso y una repulsa. En primer lugar, sabed que aquél viajero está aquí, dispuesto á reclamar lo suyo, y con ello, á su hijo, que es el que haceis pasar por vuetro.

JAI. Oyeme. ¿Cuanto tiempo has necesitado para construir todo este embrollo?

MANI. No pretendais negarme la realidad. ¿Quién es este loco que vive en la cueva cerca el río y que vos, dicen que recogísteis de no sé donde? Esto se preguntan todos. Ellos, no lo saben, yo si, vos también. Es Trinquete; aquel que perdió el juicio al caer cerca el timón, un rayo, en el preciso momento que un golpe de mar, se llevaba de la borda de la corbeta á un pasagero. No me esplíco en vos tanta imprudencia. ¿Que os importataba un crímen más? ¿No veis que algun dia quizá pueda este imbécil comprometeros? Ya veis, pues, que sé toda la historia. Ahora bien: vengo á avisaros y á ponerme á vuestra disposición: si persistís en la necia negativa, tal vez no se pase un dia, sin que no os arrepintais. Escoged.

JAI. ¿Qué he de escoger?

MANI. ¡Fuego de Dios! Entre salvaros ó perderos para siempre. Escuchadme, ya que tan rehacio os mostrais en aceptar mis proposiciones. D. Claudio, ese hombre á quien usurpaste no tan solo la fortuna y el hijo, sino que también el nombre, os ha reconocido, y no le falta más que la prueba para entregaros á la justicia y descubrir la infamia que con él hicísteis. Esto puede costarle poco, ó mucho; depende de las circunstancias y de vuestra buena ó mala estrella. Pero mientras él respira, teneis el peligro suspendido sobre vuestra cabeza. Solo hay un ser en el mundo que puede comprometeros y éste es Trinquete: verdad que su locura es vuestra garantía; pero por de pronto, puedo deciros que la intención de Don Claudio, es apoderarse de este infeliz, y ¿decidme si tendría gran cosa de particular, que apurando todos los medios lograran volverle á la razón? Es difícil, ya lo sé; pero no imposible, y este peligro pesa como una losa de plomo, amenazando vuestra tranquilidad.

JAI. ¿Qué dices?

MANI. La pura verdad; eso intentan y antes del amanecer, el pobre loco estará en poder de vuestros acusadores. Ya veis pues cuanta es mi razón al acusaros de no haberle dado muerte.

JAI. Me repugna el crímen, la falta de su razón me aseguraba la impunidad, y á fin de no perderle de vista, tuve el empeño de traerle conmigo. Si es cierto que vive, está muerta su inteligencia.

MANI. Además, conservásteis una prueba que puede perjudicaros. Me refiero al que créen todos hijo vuestro.

JAI. ¿Que debi hacer?

MANI. Que desapareciera.

JAI. Esto no. Le quiero como si realmente fuese hijo mío.

MANI. Pues esos lujos pueden ser vuestra perdición. En fin, estais á tiempo, contando conmigo, á enmendar en algo los yerros.

JAI. ¿Que quieres decir?

MANI. Lo que habeis ya comprendido. Cuando estorba una cosa, se quita.

JAI. Espera... oigo voces...

MANI. Ya que estais pues avisado y renunciais mis ofertas, nada tengo que añadir. Quedad en paz.

JAI. No, aguarda.

MANI. Vamos; comprendeis al fin lo que os conviene.

JAI. Entra aquí un momento.

MANI. Como gusteis. (Aparte) (No he perdido el tiempo. (Vase)

ESCENA VII

JAIME, MOZO 1.º y CLAUDIO

JAI. ¿Quién llama?

MOZO 1.º Un caballero.

JAI. ¿Quién es?

MOZO 1.º Ignoro su nombre: solo puedo decirle á usted que le reconozco de haberle visto en la posada del señor Jorge:

JAI. (Aparte) (¡Ah! ¿Que debo hacer?) (Alto) Que entre. (No recibirle sería peor. Si acaso sigue obstinándose, su terquedad misma le condenará)

CLAU. Es posible que sea importuna mi visita, pero es para los dos de tanta importancia que no me he detenido en escoger el momento.

JAI. Siéntese usted y diga.

CLAU. En primer lugar, reconozco en usted el infame Jaime, capitán de la corbeta «Marta».

JAI. Caballero, estoy en mi casa, y no sufro insultos, que ni fuera de ella toleraría. Sois víctima de una alucinación y por esta causa solo, os lo perdono.

CLAU. La serenidad con que cubre usted su semblante, no me convence. Es inútil que niegue usted. Doy este paso en su favor. Los cuidados que ha tenido para mi hijo, borran todo el mal que me ha hecho.

JAI. ¿Y quién es su hijo?

CLAU. Luis.

JAI. En verdad que mueve usted mi compasión.

CLAU. No siga con inútiles fingimientos. Yo soy quién le confió hace veinte años mis riquezas: en su corbeta embarqué con mi hijo, y en una noche de tormenta me lanzó usted al mar, apoderándose de todo lo que era mío. Detrás de mí, un golpe de mar, llevóse de á bordo unos toneles, que flotando encima aquellas olas monstruosas, me proporcionaron el medio de que no me tragara el abismo.

JAI. (¡Maldición!) (Aparte)

CLAU. ¡Ah! vamos: ya va usted haciendo memoria. Luchando con la muerte, pude arrivar á una de las Bermudas y entre los indios de la tierra del fuego, he permanecido diez y ocho años. Aquéllos salvajes, fueron más humanitarios que usted, y aquí estoy después de tan larga fecha, nuevamente á su presencia para decirle: entrégame á mi hijo y huye para siempre de aquí: quédate con las riquezas que me robaste, pues para nada las necesito.

JAI. Me ha conmovido la historia, y está muy justificada en los padecimientos, la pérdida de su razón. No es este el primer caso de locura de un padre á quien arrebatan un hijo, ver el suyo, en los hijos de los demás.

CLAU. ¿Persiste usted en negar?

JAI. ¿Cómo no?

CLAU. Pués bien ¿me tiene usted por loco? Haga pues que Dios no vuelva el juicio á todos los que lo están. Nada más tengo que añadir. Quede usted con Dios. (Vase)

ESCENA VIII

JAIME á poco MANIRROTO

JAI. Tú mismo te pierdes. ¡Manirroto!

MANI. ¿Qué hay?

JAI. Acepto.

MANI. ¡Gracias al diablo! Falta un detalle. (Indica dinero)

JAI. Entiendo. Aguarda.

MANI. La cosa marcha. El cielo no abandona nunca á la gente de bien.

JAI. (Saliendo) Si cumples bien tendrás cuatro veces más. (Le da billete)

MANI. Entendidos.

JAI. ¿Donde vas?

MANI. A hacerle una visita á Trinquete. Hasta la vista. (Vase)

JAI. Si; es preciso. Mi último crimen (Vase)

Cuadro Sèptimo

La escena representa un recodo de montaña que sirve de cueva á Trinquete y á cuya falda corre un río. Es de noche y la tempestad está en su apogeo.

ESCENA IX

A poco aparece TRINQUETE y luego CLAUDIO, MANIRROTO y REQUEJO

TRIN. (Fuera riendo) ¡Já, já! ¡ja! (Al oirse un trueno) ¡Dos rizos! ¡Já! ¡já! ¡Aferrar vergas! ¡já! ¡ja!

(Sale: examina unas cazuelas con viandas; tira unas, coge otras y se pone á comer siempre riéndose: por fin se tumba á dormir. Aparece Claudio)

CLAU. Esta es la cueva. ¡Ah! Está aquí. Si me acordára de su nombre..... ¡Eh! ¡buen hombre! Despierte.

TRIN. ¡Ah! ¡já! ¡já! !já! (Riendo)

CLAU. ¿No me reconoces? ¡Dios mío! Tú que enfrenas la tempestad, presta un rayo de luz á este desgraciado!

TRIN. ¡Orza! ¡já! ¡já! (Al oir un trueno)

(Acariciando á Claudio)

CLAU. No me cabe duda; era de la tripulación. Ven conmigo. Te llevaré á mi casa. Oh si, emplearé mi fortuna en devolverle la razón.

TRIN. ¡Já! ¡já!

CLAU. Es preciso sacarle de aquí.

(Al dirigirse al foro se encuentra con Manirroto Trinquete les contempla algo azorado)

CLAU. ¿Quién sois?

MANI. No os importa. No puedo daros más que una explicación: ésta.

(Saca un puñal: Caudio procura evitar el golpe, cae á tierra y en el momento que Manirroto se dispone á herirle, cae un rayo que ilumina por un momento el cuadro. Trinquete da un grito horrible y recobra la razón)

CLAU. ¡Infame!

TRIN. ¡Ah! ¡Asesino! ¡Asesino!

MANI. ¡Recobró la razón! ¡Huyamos!

(Al huir, Requejo le detiene)

REQ. ¡Atrás, paizano!

TRIN. ¡Dios mío! ¡Qué siento! ¿Qué es esto?

CLAU. Venid á mis brazos: habeis recobrado la razón. ¡Bendita sea la providencia de Dios!

MANI. ¡¡Maldito sea yo!!

TELÓN

ACTO 4.º

Cuadro noveno

La misma decoración del cuadro tercero

ESCENA PRIMERA

CLAUDIO, ROSARIO, REQUEJO y MARIA

CLAU. Mira, hermosa niña, cómo brilla el sol; bendícele y prostérnate ante la magnificencia de este Sér Supremo que rige las esferas, pues ha permitido que al ahuyentar las brumas que cubrían ayer el horizonte, disipe también poco á poco cuanto empaña nuestra felicidad.

ROS. Yo no sé; paréceme milagro lo sucedido con aquel infeliz. ¡Cuánto ha llorado toda la noche! hasta que amanecía no le ha rendido el sueño.

CLAU. Que nadie le inquiete el reposo, le es necesario, como necesarias le han sido las lágrimas que ha derramado. Créeme, niña, el llanto, es el bálsamo más precioso de nuestra vida.

MAR. Pero, ¿quieres decirme lo que habeis hecho esta noche? Parece caso de brujas.

REQ. Ya lo ve, en cuanti puze la mano, cogío un pillastre, y el loco...

MAR. ¿Y ha sido cosa tuya?

REQ. Tóo.

MAR. Vamos, eres el demonio. Yo, que que alguna vez ponía en duda lo que explicabas.

REQ. Hay aquí mucho pesqui.

ROS. Y dígame usted, ¿qué tiene que ver con mi felicidad el pobre loco, y aun usted mismo?

CLAU. Milagros que Dios permite. Tú, tu enamorado, su padre, como creis todos, el pobre loco, yo, y hasta el mismo infame que iba á matarme esta noche, estamos íntimamente ligados.

ROS. Muy extraño resulta todo.

CLAU. Espantoso te resultará cuando te enteres. Queda aún algo que hacer, pero antes de finir el día de hoy, te lo explicarás todo claramente, y recibirás una nueva sorpresa.

ROS. Las palabras de usted, llenan mi pobre corazón de la más risueña esperanza.

ESCENA II

Dichos y JORGE

JOR. No perdamos momentos.

REQ. ¿Qué hay que hasé?

JOR. Hablar con aquel pillastre, para que secunde nuestros planes.

REQ. Mano á la obra.

CLAU. Y no estaría de más, que el sargento apostara sus cuatro números por los alrededores de la casa.

REQ. Bien pensao, y voy á ello. Dejaré uno pá que le guarde, y lo otro tré por un zi acazo. Hombre, ahora me vié á la memoria lo que me pazó á mí...

JOR. Bueno, luego, suprima usted por ahora sus historias.

REQ. Está bien. (Aparte) (Ná, que no me creen. En toaz parte me susede lo mesmo.) (Alto) Voy allá, pues. (Vase foro)

JOR. Retiraos también vosotras. Confianza, hija mía. Se trata de tu felicidad.

ROS. Gracias. ¡Qué buenos son todos ustedes!

MAR. Si de esta vez no le nombran á mi sargento general, cuando menos, digo que no hay decencia ni justicia. (Vanse Rosario y María)

ESCENA III

CLAUDIO y JORGE

JOR. Un sueño me parece cuanto está pasando desde ayer.

CLAU. Un verdadero milagro, amigo Jorge. Pero no es este el primer caso. El pobre loco era timonel de la corbeta, siendo conocido entre todos por el nombre de Trinquete. Mezcladas con lágrimas de gratitud y alegría, han salido las palabras, con las cuales me ha referido cuanto sucedió, que lo recuerda como si lo estuviera presenciando. En el preciso momento que el infame capitán Jaime, llevó á cabo su crimen arrojándome al mar, un rayo cayó cerca el timón, donde estaba el infeliz Trinquete, y con aquella luz, cual prestada un instante por el mismo infierno, vió el pobre timonel iluminado el terrible cuadro. Cayó desvanecido, y al volver á la vida, su inteligencia se había apagado completamente; ya no era otra cosa que un pobre loco, repitiendo á cada instante las mismas palabras, y se comprende que durante las noches de tormenta lo hiciera con mayor frecuencia. No son raros los casos de locura que han sanado, si se reconstituye la escena del accidente que lo ha producido, y sin nadie de nosotros sospecharia siquiera, hemos realizado el milagro. En el preciso momento que aquel asesino iba á herirme de muerte, ha caído cerca nosotros un rayo iluminando el atentado, y esta escena, parecida algo á la que le quitó la razón, ha producido la crisis de su dolencia, restituyéndole Dios el don más preciado.

JOR. Tenemos ya pues todas las pruebas. Ahora déjeme usted obrar y mucho me engaño si no se nos entrega él mismo.

ESCENA IV

Dichos y REQUEJO

REQ. Eztá tóo cumplío y aun más.
JOR. ¿Qué es lo que demás se ha cumplido?
REQ. Puz que el pajarraoo ez mucho mayor de lo que creíamo.
JOR. ¿Qué pretende usted significar?
REQ. Voy á contarlo, ze entiende, zi he de zer creío.
CLAU. Vamos, adelante.
REQ. Tóos uztez zaben que antiayer, eché er guante á uno de la partía, y que eztá allí prezo.
JOR. Sí, en el mismo sitio que encerramos esta noche al arriero.
REQ. ¡Arriero!... ¡cá! eze zujeto, é ni má nl meno que el capitán de la partía.
CLAU. ¡Dios mío!
JOR. ¿Pero eso es cierto?
REQ. Tan sierto que ello memo ze han decubierto zin zospechar. Eh, ¿qué tal? digan ahora uztez zi á nadie pazan las coza que á mí.
JOR. En efecto, es todo Providencial.
CLAU. ¡Bendito sea Dios!
JOR. Traiga este hombre, y ojo.
REQ. ¡Cuidao que hé un pájaro!
JOR. El mismo ha de servirnos para redondear el plan.

ESCENA V

Dichos y MANIRROTO, el eual Requejo á ido á buscar

JOR. Sentaos.
MANI. (Aparte) (¿Dónde habré venido á meterme?) (Alto) ¿Qué me queréis?
JOR. (Aparte á Requejo) Guarde usted la puerta. (A Manirroto) Es preciso que en nada oculte usted la verdad de cuanto se os pregunte, y que ayude á la acción de la justícia, sin intentar escabullirse, porque sabemos la clase de pajarraco que es usted. Negrero antes,

capitán de bandidos luego y asesino ayer. ¡Valiente hoja de servicios! ¿Quién te mandó ayer noche á la cueva? ¿y qué comisión te encomendaron?

MANI. (Aparte) (Esto se pone feo.) (Alto) La verdad; me encontré en aquel paraje, y procuraba ponerme á salvo del mal tiempo, metiéndome en la cueva.

JOR. Esto es mentira.

REQ. (Vamos, ya somo dó.) (Aparte)

MANI. Digo, que...

JOR. Mientes. ¿Quieres hacer algo para mejorar tu suerte?

MANI. Ya lo creo.

JOR. Pues dinos claramente, á qué fuiste á la cueva. ¿Estuviste antes en casa de tu antiguo capitán?...

MANI. (¡Ay! ¡ay! ¡se sabe todo!) (Aparte)

JOR. Contesta.

MANI. Voy á decir la verdad, ya que es inútil el fingimiento.

JOR. Eso debes hacer.

MANI. Sí, en efecto. La maldita casualidad se ha empeñado en reunir aquí, sin que unos de otros lo sospecharan, á los mismos que hace veinte años se hallaban á bordo de la corbeta «Marta.» Ayer, escuché lo que se tramaba aquí mismo, entre ustedes, para arrancar el secreto al capitán, y me personé en su misma casa para darle cuenta de todo. Le convenía librarse de la presencia del señor, y de la de Trinquete, y á este fin me dirigí á la cueva.

JOR. Ya sospechaba...

CLAU. ¡Otra infamia!

JOR. Sargento, ahora mismo, sin perderle de vista, le acompaña usted hasta la casa de su antiguo capitán. Tú, entras en ella, y le das cuenta de tu misión, pero ocultando la verdad. Es preciso que crea que don Claudio ha dejado de existir; y luego, añades que para evitar toda sospecha, se venga aquí, donde nosotros concluiremos la farsa. Si cumples bien, quedaráis por esta vez en libertad; de lo contrario, podéis contaros entre los muertos del cementerio.

MANI. No os quejaréis de mí. Estoy dispuesto. Vamos.

JOR. Aquí aguardamos el resultado.

REQ. ¡Cuidao con quererme jugar una mala treta!

MANI. Venid tranquilo, ¡fuego de Dios!

(Vanse Requejo y Manirroto)

ESCENA VI

JORGE y CLAUDIO, luego ROSARIO y TRINQUETE

CLAU. ¿Qué intentais hacer?

JOR. Ya que la suerte nos proteje como no podíamos esperar, sacar el último partido de las circunstancias. Con ser mucho lo que hemos conseguido, no basta. Es preciso que él mismo se nos entregue.

ROS. Padre, aquel infeliz desea hablar con ustedes. (Saliendo)

JOR. Perfectamente. Aprovechemos los instantes á fin de prepararle. Que salga.

ROS. Venid, buen hombre. (Sale Trinquete)

CLAU. ¿Qué tal?

TRIN. Muy abatido, buen señor.

JOR. Ya os iréis animando.

TRIN. Comprended la sorpresa que todo me causa. Paréceme que fué ayer todo, y según me decís han pasado veinte años.

CLAU. ¿Me habríais reconocido?

TNIN. Al instante. Vuestras facciones no se han apartado de mí.

JOR. No me había engañado. El infame de vuestro contra-maestre, vino á sorprenderos á la cueva, con el encargo de vuestro infame capitán, de asesinaros á los dos.

TRIN. Pero, ¿dónde está ese hombre?

JOR. No tardareis mucho en satisfacer tu curiosidad.

TRIN. Necesito verle, confundirle y... matarle no, porque no quiero perderme por séres tan ruines, pero sí abofetearle, escupirle...

CLAU. Cálmese usted.

JOR. Y procura de momento detener tus ímpetus. Es preciso que te vea sin sospechar que hayas recobrado la razón hasta que sea oportuno.

TRIN. ¿Y vuestro hijo?

CLAU. Eso tan solo tengo que agradecerle. Ha vivido siempre á su lado y no tardaréis en verle. Durante esos veinte años, le habéis visto casi diariamente.

TRIN. ¿De qué me servía, si no tengo la menor noción de cuanto en este tiempo ha sucedido?

ROS. Aquí viene Luis.

JOR. Retiraos pues, buen hombre, que no os vea tampoco. Rosario, ni una palabra.

(Vase Trinquete)

ESCENA VII

Dichos y LUIS

LUIS. Jorge, caballero, necesito hablarle á usted. Hace dos días que no me explico cuanto pasa alrededor mío. Rosario, dí á tu padre que me dé la clave del misterio que me rodea. A fé de hombre honrado, juro que nunca como ahora, he reconocido la falta de un padre.

CLAU. ¡Hijo mío! (No pudiéndose reprimir)

JOR. Cállese usted. (Aparte á Claudio)

CLAU. Hijo mío, digo, me hace sufrir tu pena.

LUIS. Por caridad, á todos suplico que me digan la causa de mi desgracia.

JOR. Ten confianza en Dios y Rosario será tuya.

LUIS. ¿De veras? ¿me lo promete usted? ¿Queréis de nuevo hacerme concebir ilusiones, que os encargaréis luego de tronchar?

CLAU. Joven, solo tu felicidad, que es también la de Rosario, nos preocupa en este instante.

ESCENA VIII

Dichos, MANIRROTO y REQUEJO

MANI. Está ya cumplida la misión; no tardará muchos minutos en entrar por esta puerta.

REQ. E un grande hombre. Un corderiyo.

MANI. ¡Fuego de Dios! cuando doy mi palabra, es sagrada.

JOR. (Aparte á Requejo) No descuide usted por eso las precauciones.

CLAU. Venid vosotros. (A Luis y Rosario)

LUIS. ¿Qué significa todo esto?

JOR. Pronto lo sabréis. (Vanse Claudio, Luis y Rosario) A fin de infundirle confianza, señor sargento, márchese usted también.

REQ. Está bien. Pero, oye, paizano; detrá de eza puerta (Primera derecha) eztá ezo, ¿entiende? (Señala el fusil)

MANI. Descuidad.

(Requejo entra á la primera derecha, sacando el cañón de la escopeta por la rendija.)

JOR. Aparentad tranquilidad; le dais cuenta de la muerte de don Claudio, pero no de la de Trinquete, callando por eso su curación. Ya está aquí.

ESCENA IX

JAIME, JORGE y MANIRROTO

JOR. Don Claudio, entre usted.

JAI. Buenos días, Jorge. (Aparte) (Extraño su amabilidad.)

JOR. Yo no sé cómo he de hacerlo, para darle cumplida satisfacción de cuanto aquí ha pasado.

JAI. Hable usted. (Aparte) (¡Qué extraño es todo eso!)

JOR. Naturalmente, aquí hemos sido víctimas todos de la manía de un infeliz loco, que en todo el mundo cree ver al que causó su perdición. ¡Cuidado, que cuenta la historia con unos detalles; que, vamos, cualquiera cae en el lazo!

JAI. Me alegro de su convencimiento. (Aparte) (Respiro.)

MANI. (¿Si será ladino el tal alcalde?) (Aparte)

JAI. Bueno, no se hable más del asunto. Creo que no se opondrá usted ahora á la felicidad de nuestros hijos.

JOR. Ni por soñación. Pues bien, anoche desapareció desesperado don Claudio y esta es la hora que no ha vuelto á aparecer por aquí. ¡Pero de qué modo lo cuenta!

JAI. Bien, dejemos esas importuras.

JOR. (Aparte) (Le incomoda que se lo repita.) (Alto) Calcule usted que ha dicho que aquel pobre loco, era un marinero que se llamaba Trinquete, é iba con usted en una corbeta que se llamaba «Marta»; que usted, se apoderó de sus riquezas echándole al mar.

JAI. Basta, basta de necedades.

JOR. (Aparte) (Has de oirlo todo.) (Alto) ¿Y qué más? ¿qué más? Ah, sí; que Luis era hijo suyo, y aún ha añadido el colmo de las locuras, asegurando que el capitán de la partida que asaltó la diligencia, era su contramaestre llamado Manirroto.

MANI. (¡Atiza!) (Aparte)

JAI. No quiero oir más disparates.

JOR. ¿Qué le parece á usted? Nada, nada; se acabó todo; que venga Luis y voy á avisar á mi hija, notificándole lo ocurrido, ya que nada se opone á sus proyectos. Aguarde usted un momento, aguarde usted.

MANI. (Sí, aguarda, aguarda, que tú verás.) (Aparte)

ESCENA X

JAIME, MANIRROTO, y los demás según se indique

JAI. Gracias, te debo mi salvación. (A Manirroto)

MANI. Ya lo sabéis, soy el de siempre; dispuesto á ayudaros... (Aparte) (A caer.)

JAI. Si no es tu feliz ocurrencia, estábamos perdidos. Ahora ya...

MANI. Podemos descansar... (Aparte) (En paz.) (Haciendo la cruz)

JAI. Si supiera este hombre que toda la historia que cree locura, es la pura verdad.

MANI. ¡Ah! si lo supiera... (Aparte) (Tendria lo que ahora.)

JAI. No te quejarás de mí.

MANI. (Ni de mí tampoco.) (Aparte)

JAI. Podemos vivir tranquilos.

MANI. Ya lo creo que lo viviremos. (Aparte) (Y tan tranquilos!)

JAI. Y tú, abandona esta vida, entra en la buena senda.

MANI. ¿En la buena senda? Entraremos, mi capitán. (Aparte) (No sabía que le llamaran senda al presidio.)

JAI. Parece que no prestas mucha atención á mis palabras. No estaría de más que nos deshiciéramos de Trinquete. Aunque su locura...

MANI. Ah, sí, tenéis razón; su locura...

JAI. Nos traerá la impunidad.

MANI. (Aparte) (O la horca.) (Alto) Miradle.
(A Trinquete que sale)

JAI. ¿En esta casa?

MANI. No os sorprenda; los perros y los locos, se cuelan donde hallan puerta abierta.

JAI. Tan tranquilo, y no sospecha entre quién se halla. Pero su presencia me molesta.

MANI. (Aparte) (Así; habla, habla, ya verás la que te espera.)

JAI. ¡Pobre Trinquete!

TRIN. Pobre de vos, ínfame capitán.

JAI. ¡Ah! ¿Qué es esto?...

TRIN. La voz de Dios que por mí mismo te habla.

JAI. Pero, ¿es un sueño?

MANI. (Ya te darán sueñecitos.) (Aparte)

JAI. El infierno se ha conjurado contra mí.

TRIN. No, capitán; el cielo es quien ha venido á marcar la hora de las justicias. Él, quien ha dejado penetrar un rayo que iluminara mi dormida inteligencia, deshaciendo el nudo que sujetaba mi lengua.

JAI. Yo haré enmudecerla de nuevo. Pide, soy rico.

TRIN. Es inútil; no me vendo.

MANI. (¡Habrá tonto!)

JAI. Sea como quiera. Nada podráis probar en contra mía. Serás tú sólo quien me acuse. Tus débiles pruebas se estrellarán ante el oro que poseo.

TRIN. No seré solo, capitán. Las pruebas son abrumadoras y voy á demostrarlo.
(Llama á Claudio)

JAI. (Al ver á Claudio) ¡Traidor! ¡Me has vendido, infame Manirroto!

CLAU. Por dos veces has intentado mi muerte. Las dos ha venido en mi auxilio la Providencia. Has caído ahora envuelto en tus propias re-

des. Solo entregándote á discrección pueda tal vez salvarte.

JAI. ¡Oh!... ¡no!... es en vano. Todos traidores. Todos infames.

MANI. Capitán... se trataba de...

(Señala el cuello con una mano)

JAI. ¿Persistes en perderme? (A Claudio)

CLAU. En recobrar lo mío.

JAI. ¿Es tu última solución?

CLAU. ¿Y te atreves aún á imponer condiciones?

JAI. Tú lo quieres. ¡Manirroto! ¡Va nuestra cabeza!

(Saca un rewolver, y al apuntar á Claudio, sale Requejo y le sujeta.)

REQ. ¡Calma amigo.

MANI. ¡Tute de reyes!

JAI. ¡Maldito seais! ..

CLAU. Estais perdido, capitán, ayer noche os propuse capitular y no aceptásteis. Ahora es público el delito. Puedo aún hacer algo.

JAI. Matarme, es lo único.

CLAU. Tomad; en este pomo hay un zumo recogido por los indios, de las plantas más venenosas; su efecto es instantáneo; ¿os atrevéis?

JAI. No tengo otro remedio. Dádmelo.

(Claudio le da un pomo que bebe)

JOR. ¡Luis! ¡Rosario! (Saliendo)

JAI. Sí, quiero abrazarles antes de morir. ¡Pronto, pronto!

LUIS. ¿Qué ocurre? (Saliendo)

JAI. Ven... abraza...me... voy á morir... éste... es tu padre... perdonadme... Sed feli...ces...

(Muere)

CLAU. ¡Dios quiera perdonarle!

ROS. ¡Dios mío! (Saliendo)

(Sale Requejo. Se arrodillan todos, y aprovechando la ocasión Manirroto se escapa.)

JOR. Aquel infame ha huído. (Suena un tiro)

REQ. Ná, que sa cumplío la orden. Otro meno.

CLAU. Venid, hijos míos.

REQ. Zolo ziento que nadie va á creerme cuando le cuente ezte cazo.

CLAU. Que jamás os tienten las riquezas agenas. Acordaos siempre del Capitán de la «Marta»

FIN